

EL MUNDO.

TOMO I.

MEXICO, FEBRERO 27 DE 1898.

NUMERO 9.



En el pórtico del Teatro

POR VILLASANA

LA SEMANA.

En este invierno, reinado del hielo, lo que verdaderamente ha imperado es el fuego. En vez de sábanas blancas, hogueras; en vez de sabañones quemaduras, en vez de seres congelados hombres abrasados; tal es el balance de esta cruel temporada. Mientras ardian las sementeras de las haciendas, estallaba el *grisú* en los pozos de las minas y volaba el *Maine* en la bahía de la Habana, nuestro hermosísimo muelle de Tampico convertido en ascuas, flameaba y humeaba como un cráter. Cuánto tiempo y cuánto dinero perdidos! De esa gran mejora material que iba á transfundir nueva vida y mayor actividad en aquel centro de comercio, pocos años ha empobrecido y casi muerto, no quedan hoy sino algunos pilotes negruscos irguiéndose como muñones calcinados, alguna que otra tabazón desunida y un montón de arenas de oro chisporroteando encima de las aguas al soplo del impetuoso viento del Norte.

Suele ser más trascendental y lamentable la destrucción de una obra material que la ruina de una institución moral ó política. Suponed cegado el Canal de Suez, obstruido el Monte Cenicio ó el San Gotardo, destruido el gran telescopio de Lord Rosse, aguadas las hulleras inglesas, y una revolución radical y completa en el comercio y en la industria y un deplorable retardo en los avances de la ciencia serán la consecuencia; herida en el cerebro ó en el vientre la humanidad, sufrirá largo tiempo y acaso para siempre de tan dolorosos trastornos.

La destrucción del muelle de Tampico es un mal local y reparable; pero perjudicial á los intereses más nobles y respetables, á los intereses del comercio, y con ellos y de rechazo á los de la agricultura y de la industria. Un sincero pésame merece Tampico y se lo enviamos con nuestros votos por la pronta reconstrucción de su muelle.

En compensación, todo la tiene en esta vida, tenemos á las Señoritas Toreras. Una opresión de angustia resienten la alta crítica taurina y el público en general, ante la indisposición inesperada y persistente de Lolita, sin que basten á disiparla los esfuerzos por agradar y las proezas de Angelita, que se multiplica en el coso para llenar el vacío que en él deja su simpática compañera.

Con la habilidad taurina de las estimables damas de referencia, se ha repetido un fenómeno frecuente y curioso, el de la divergencia radical é inconciliable entre la crítica y el público. Si se consulta á los espectadores, responden invariablemente que las señoritas toreras no tienen de toreras más que lo señoritas; que bailan, que *cuarteán*, que encojen el brazo, que banderillan de *sobaquillo*, que no capean de farol y otras mil cosas, todas en caló. Los cronistas nos las pintan airoas, arrogantes parados los pies, saturadas de vergüenza torera, ceñidas á las buenas tradiciones, perfiladas correctamente y acostándose en la cuna. . . . en la cuna ¡que ironía!

Entre estas dos opiniones, yo que he sido cronista á ratos, que conozco un tanto los bastidores de la crítica y que, es oportuno decirlo, he trasteado un poco á ese bicho que se llama el público, opino con el público. El crítico de espectáculos es una especie de farmacéutico á quien está encomendada la tarea de dorar las píldoras destinadas al público. En general, propende á singularizarse, á asesorar, á oficiarse de pontifical y esa manía lo orilla á llevar la contra á su público; si éste aplaude, al crítico no le queda otro recurso que silbar y si silba el cronista se cree obligado á aplaudir. De otro modo, siguiendo el gusto general, haciéndose eco de la opinión del espectador, saldría el crítico sobrando, de maestro se convertiría en discípulo, de timonel en pasajero y habría abdicado de sus fueros de dómine y renegado de su noble apostolado y de su alta misión periodística.

En virtud de las consideraciones anteriores quedamos, pues, en que es eminentemente probable que las señoritas toreras no sepan torear, y que exploten tan solo el refinamiento de barbarie que nos impele á ver con entusiasmo, al débil luchar con el fuerte y que hace más interesante el espectáculo cuanto más peligroso.

Las señoritas toreras no son más que imitadoras y sucesoras de las trapezistas y equilibristas que vemos con delirio cernirse en el vacío en espera del desnucamiento supremo.

Vuelve al tapete la cuestión siempre debatida y jamás resuelta de las relaciones del arte con la moral, y vuelve á plantearse en un terreno práctico y en un caso concreto. Es el caso que un estimable regidor hizo multar á dos actores por haber sustituido frases de un libreto con otras de su propia cosecha, al parecer fuertemente condimentadas, y que después pretendió retocar el libro original y reemplazar todos sus matices, de un verde profundo, por otros de tono rosa tierno. Protesta del autor de la obra, confirmación por el superior del auto dictado por el inferior y retiro de la pieza, tales son los cantos—rodados—de esta epopeya.

Acto continuo la crónica se ha espeluznado y ha hecho la caricatura del púdico regidor. Nosotros volvemos á estar contra la crítica y en pro del regidor. Desesperamos de averiguar á qué principios de moral debe estar sometido el arte y hasta de llegar á saber si debe acatar alguno ó si libre, soberano, é independiente debe dar de mano á todos y pasar á la orden del día.

Pero hay una cosa bien averiguada é indiscutible y es que los espectáculos públicos están sometidos á reglamentos de policía que prescriben en ellos el respeto á las formas, la salvaguardia del decoro, el acatamiento de los principios del pudor. De otro modo correríamos riesgo de encontrarnos el día menos pensado en el teatro con el "Portero de los Cartujos" disfrazado de *género chico*, lo cual es inadmisibile. Que los partidarios del arte libre se recreen á solas con "Teresa la Filósofa," tanto peor para ellos; pero si un fanático de esa escuela literaria pretendiera hacer de ese libro lecturas públicas y conferencias literarias, caería de plano bajo la férula del regidor Pérez Galvez quien tendría derecho á suspender el edificante y artístico espectáculo y á privar al público de los comentarios y ampliaciones del conferencista.

La intervención de la autoridad en estas materias no es siempre fácil ni siempre acertada. Hay épocas y pueblos timoratos y mogigatos que no tolerarían el *maillot* y la enaguilla en las tablas y que en punto á literatura apenas soportarían á "Clarisa Harlowe;" hay otros de manga ancha y conciencia elástica, como el público parisiense, que no se alarma por poco ni se escandaliza por nada, que asiste á "El baño de la Parisiense" y "Au coucher de la Mariée" sin escrupulo ni rubor. Pero en todo pueblo y en toda circunstancia hay un límite reconocido que nadie debe franquear, dentro del cual todos queremos mantenernos y que no debe salvarse en nombre de la libertad del arte ni de ninguna otra libertad. En París mismo, las autoridades dieron en la cárcel con los organizadores del cortejo de la fiesta llamada "Les Quat'z'Art" porque se permitieron exhibir una Venus en toda la extensión de la palabra.

Entre nosotros y en general en los países de habla española, hay una razón especial que obliga á mayor severidad en materia de moral teatral. Hay lenguas como el latín y como el francés moderno, en las que todo se puede decir porque todo se puede velar, atenuar, disimular. En estas, la sintaxis ofrece puentes para pasar airoosamente por los parajes escabrosos, trampolines para salvar obstáculos y hasta globos aerostáticos para esquivar abismos; en ellas la frase alada, ágil, delicada, pasa como sobre ascuas y tocándola apenas sobre la realidad pornográfica. El pormenor rudo y tosco, la intención malévol, la sátira picante, la anécdota veridosa, se enmascaran en las galas del estilo, se ocultan bajo las flores de la retórica, y como las mujeres coquetas y púdicas se dejan adivinar pero nunca ver ni tocar.

El habla española es habla épica antes que lengua social; es abrupta en sus perfiles, dura en sus contornos, franca y abierta; no presenta esos recodos y vericuetos en los cuales puede esconderse el fondo del pensamiento; pelea desnuda como las Amazonas. El diápasón de los ruidos es en ella más variado y abundante que el de los suspiros; la gama de la interjección más sonora y rica que la del discreto. En español todo chiste es crudo, todo juramento soez, toda imprecación blasfematoria.

Con una lengua así, tan categórica y tan contundente, no hay manera de hacer pornografía discreta, ni inmoralidad disfrazada, como no se puede hacer filigrana con el acero; el mejor modo de atenuar ó disimular el pensamiento es callarlo. «Les Demi-vièrges» en español causarían nau-

seas, en francés son apenas un poco acres, pero soportables.

En estas condiciones, la pornografía y la inmoralidad en el teatro y en la literatura española, saltan á la vista, se ostentan con cinismo, hieren los oídos, lastiman la delicadeza natural y á igualdad de fondo, son menos tolerables y deben ser menos permitidas. Para esfumar y atenuar esas naturales crudezas y para mitigar ese descoco inherente al habla castellana, se necesita mucho talento, que pocos tienen, mucho castigo del estilo, que contados practican, y mucho deseo de no ofender de que carecen, en general, los autores del género chico, que van precisamente á eso.

Pero ya que el autor no se vigila, no es la autoridad quien debe retocarlo; á ella solo le toca imponer su veto ó exigir la atenuación. Tiene pues razón la crítica en reprochar al regidor en cuestión por haber querido reemplazar la prosa del autor con la suya, más moral sin duda alguna; pero casi sin duda también, menos artística ó literaria.

Debió haberse limitado á plantear á la Empresa y al autor el dilema: ó retoque ó suspensión y agregar: Su Magestad escoja.

Algunos hechos que presenciarnos durante las últimas fiestas de Carnaval nos sugieren proponer á la policía un modo más cómodo é igualmente seguro de mantener el orden en esas considerables corrientes de circulación que durante las grandes fiestas se establecen en calles no siempre amplias y ocasionadas á accidentes.

El sistema adoptado el martes de carnaval consistió en obstruir, á la circulación transversal de carruajes, todo el sistema de calles que desde Plateros se extiende hasta los confines de la Calzada de la Reforma. Que este sistema dió todo género de ventajas á los peatones y vehículos que concurrieron al paseo, es indudable, la circulación fué fácil, muy cómoda y no se registraron accidentes; pero en cambio tuvo el inconveniente de aislar el Norte del Sur de la Ciudad, haciéndose imposible el paso á través de la línea compacta de vehículos que llenaban la avenida principal.

Personas que venían de Bucareli en carruaje se vieron detenidas al nivel de la glorieta del Caballito, así como las que venían de Rosales. Los gendarmes se conformaban con impedir el paso de orden superior y no podían siquiera indicar por donde podía atravesarse la corriente.

Esto tiene sus inconvenientes y habría que aceptarlos con resignación si no fueran fácilmente remediables. La fórmula es sencilla; según lo adoptado en el extranjero, en el Broadway, en el Puente de Londres, en los boulevares de París; en donde la circulación es mil veces más considerable, *ninguna corriente de circulación es continua en ningún sentido*. De tiempo en tiempo el gendarme del cruceo detiene con una señal y alternativamente cada una de las corrientes para dar paso á la otra. Gracias á este sistema el encuentro de dos corrientes, aún cruzadas, no ocasiona sino un ligero retardo en el momento del paso y no se sacrifica al movimiento de la una el de la otra que tiene igual derecho á circular. Gracias á ese arreglo, vehículos, peatones, señoras, niños y hasta inválidos pueden atravesar las calles más transitadas á la hora de mayor movimiento sin accidente ni contratiempo alguno.

Como no solo en los días de grandes fiestas se registra el inconveniente de las corrientes continuas de circulación, sino que todas las tardes se percibe al regreso por San Francisco y Plateros de los carruajes que se retiran de La Reforma, podría adoptarse el medio que aconsejamos como regla general en las calles de mayor circulación. Estrechadas é incómodas son esas vías de circulación, pero el Corso Romano es igualmente estrecho y la Calle de Richelieu de París lo es más aún, sin que por eso y gracias al sistema indicado deje de circularse fácilmente tanto á lo largo de ellas como transversalmente.

El movimiento de México ya va exigiendo medidas de orden y seguridad, compatibles con el derecho de todos á circular á todas horas y por todas partes.

López I.

Con el presente número obsequiamos á nuestros abonados la preciosa novela

Las Gras. de Croix-Mort.

Política General.

RESUMEN.—FRANCIA Y GRAN BRETAÑA EN AFRICA.—RUMORES DE COMPLICACIONES.—LA PAZ REINA EN VARSOVIA.—LA CONDENACIÓN DE ZOLA.—EL EPILOGO DE UN DRAMA.—UN TRIUNFO DEL ANTISEMITISMO.—¿SERÁ EL TRIUNFO DE LA JUSTICIA?—IMPRESIÓN GENERAL.—ESPAÑA Y LOS ESTADOS UNIDOS.—LA CATÁSTROFE DEL «MAINE.»—SERIOS TEMORES.—QUE LA CIENCIA DECIDA.—CONCLUSIÓN.

Repetidas veces han circulado rumores alarmantes anunciando serias complicaciones entre las dos grandes potencias que se disputan la posesión de las ricas y fértiles comarcas que baña el caudaloso Níger. Colocadas allí frente á frente Francia, que anhela extender sus dominios más allá del Dahomey y constituirse en verdadera potencia colonizadora del Continente Negro, y la Gran Bretaña que impasible sigue sus planes adoptados y va derecha á su objeto, sin importarle nada los obstáculos que á su paso pueda encontrar, dueña ya y en posesión de una buena parte del territorio discutido, miráanse las dos con recelo y á cada paso encuentran motivos de disensión y ocasiones de choques trascendentales.

Afortunadamente para los dos países, los dos gobiernos se curan muy poco de las noticias sensacionales y se guardan de los arrebatos á que se verían expuestos, si secundaran el patriotismo explotado por la prensa de los dos lados de la Mancha. Serenos y reposados ven desenvolverse los acontecimientos, defendiendo cada uno su derecho y apoyando tranquilamente sus pretensiones.

La gran potencia marítima que extiende sus dominios desde Alejandría hasta el Cabo de las Tormentas, no permitirá por ningún título, que elementos extraños, que fuerzas armadas que no se amparen bajo el pabellón inglés invadan sus posiciones; defenderá con toda energía lo que le pertenece por cesión ó por conquista, y unas veces con astucia y otras con violencia, no dejará que se le escape un solo palmo de su propio territorio. Por eso es que el mismo Lord Salisbury se ha presentado ante el Parlamento á dar lectura á un mensaje de M. Hanoteaux, donde se explican satisfactoriamente y sin que haya ningún motivo de alarma las versiones circuladas por la prensa.

El conflicto se ha conjurado, se ha desvanecido toda dificultad, no hay que temer por ahora ninguna complicación. ¡Ojalá siempre sea así y no veamos, como es de temerse en no lejano día, que lleguen á las manos los pueblos encargados de dominar y de civilizar los vastos y fértiles territorios africanos! La tarea que se ha impuesto Europa, creando grandes intereses en aquellas tierras abiertas á todas las ambiciones, está erizada, como todas las grandes empresas, de grandes dificultades que hasta hoy se van venciendo sin roces violentos, sin choques trascendentales. Que la semilla sembrada allá y los sacrificios hechos produzcan siempre frutos de paz y de concordia.

Acaba de comunicarnos el cable el desenlace que ha dado el veredicto del jurado popular al drama que se representaba en París en los salones del Palacio de Justicia, donde había de protagonista Emilio Zola, y eran personajes principales el pueblo, el ejército, los partidos de la Francia republicana.



Capitan Sigsbee

Comandante del Acorazado Americano «Maine»

No es la primera vez que hablamos de este drama, que tuvo su prólogo en la tremenda degradación del Capitán Dreyfus, condenado por el delito de alta traición. Tampoco son desconocidos á nuestros lectores los diversos episodios desarrollados en el periodo de tres años, desde la humillación desesperada del infeliz judío convicto de traidor, pero protestando siempre de su inocencia, lo mismo en el acto terrible de la ejecución de la fatal sentencia que en la soledad espantosa de su destierro, hasta la condenación de Zola en el jurado popular, por haber alzado la voz en favor del proscrito de la Isla del Diablo y contra las aclamaciones de un pueblo y las inapelables decisiones de un tribunal cohibido al parecer en sus procedimientos.

Los que han seguido paso á paso las diferentes fases del proceso instruido al gran novelador de *Los Rougon Macquart*, han admirado su energía, comprendido su entereza y se han extasiado en la contemplación de ese hombre colosal, irguiéndose sereno por encima de los odios populares, agitados por soplos de tempestad. Los que han visto al acusado aparecer sereno ante sus jueces y sereno ante las muchedumbres que le escupían al rostro la bafa y el insulto, los que lo han contemplado de pie, cruzando sobre las olas encrespadas de la opinión que le era contraria, y desafiando las vociferaciones salvajes del populacho; esos comprenderán cómo sería recibida la noticia en las calles de París, por un público hambriento del castigo y que había anticipado en su actitud espantosas explosiones de venganza.

Como si una ráfaga de frenesí rugiera sobre las multitudes galvanizadas por su odio antisemítico, un formidable grito se escapó de todos los labios, y entre las aclamaciones entusiastas al ejército y sus representantes que habían aparecido como testigos en el proceso, se dejó escuchar también inmensa explosión de rencor contra Zola y contra los judíos.

Ya estarán satisfechos los que anhelaban la condena del egregio novelista; ya podrá reposar

tranquilo el Conde Esterhazy, á quien señalan los que piensan en la rehabilitación de Dreyfus como único autor del famoso documento de convicción contra el infeliz traidor; ya podrá el Coronel Picquart volver tranquilamente á su cuartel sin temor por ahora de nuevas complicaciones; ya la señora Dreyfus verá con honda pena desvanecidas sus esperanzas, evaporadas las ilusiones que había acariciado en medio de su angustia en tres años de lucha y de zozobra; ya no sentirán los ánimos asustadizos, los espíritus apocados, los temores que hizo sembrar el Mayor Fernando Esterhazy, con su terrible profecía de un gran levantamiento, de una explosión general que armaría el brazo de un nuevo Angel Exterminador que había de dejar cien mil cadáveres de judíos sobre el suelo estremecido de Francia, ya los que consideran que el heroico ejército de la República, que es su apoyo y su sostén, su esperanza y su amparo puede mancillarse con la revisión de un proceso fallado en tribunales militares (aunque se demuestre la posibilidad de algunas irregularidades en la instrucción ó en las audiencias) deben estar tranquilos: la autoridad de la cosa juzgada ha prevalecido por encima de toda otra consideración.

Pero la Justicia á la que Emilio Zola defendía con tanta entereza ¿ha quedado inmaculada, ha salido limpia dentro esta tormenta donde han rugido las pasiones, atronado los odios y fulminado los rencores? El honor de Francia invocado por los defensores de Zola y por sus acusadores, el honor de esa Francia heroica y grandiosa que ha sido maestra de los pueblos, verbo de las ideas modernas, víctima propiciatoria en aras de la democracia, el honor de esa Francia que se ha transfigurado en la Revolución y engrandecido en la República, que es grande y majestuosa hasta en sus sublimes extravíos ¿ha quedado ileso y sin mancha, después del veredicto pronunciado ayer contra Zola que salva á Esterhazy y condena por tercera vez á Dreyfus?

Aun tenemos que esperar la última palabra en el tremendo drama. Quién sabe si serenada la tempestad, se abran nuevos rumbos á la opinión reinante ahora en Francia y podamos presenciar con asombro, la revisión de estos procesos, marcados ya con el estigma de la reprobación en la prensa de todos los países y en la conciencia de muchos pensadores.

Graves y serias complicaciones amenazan la buena armonía que, merced al buen sentido de los gobiernos español y norteamericano, ha reinado entre los dos países, á pesar de los frecuentes motivos que ha dado la cuestión cubana para interrumpirlas.

La reciente implantación del régimen autonómico en la Isla rebelde era una especie de tregua á todas las exaltaciones. Aceptado en España por todos los partidos, que lo han considerado como una transacción honrosa, fué recibido también con satisfacción en la Casa Blanca, y todos esperaban que al echar raíces el nuevo régimen en la colonia y al imponerse por la fuerza ó por la convicción sobre los insurrectos, había de terminar la dolorosa lucha que por tres años ha sacudido el suelo antillano.

Casi al cumplirse tres años del grito rebelde lanzado en el pueblo de Baire, surge un incidente inesperado: el acorazado americano *Maine* que



CORONEL PICQUART



MME. DREYFUS



MATHIEU DREYFUS



MAYOR CONDE ESTERHAZY

en pacífica empresa se hallaba surto en la bahía de la Habana, es destrozado por una terrible explosión cuya causa positiva se ignora todavía; más de 250 marinos perecen en la catástrofe; las llamaradas del incendio manchan de escarlata el cerúleo pabellón indiano y el humo de la explosión oscurece los horizontes de la paz.

Si hubiéramos de creer las exaltaciones de la prensa americana, con este motivo que todos lamentan, era de temerse la pronta ruptura de la paz y la armonía entre España y los Estados Unidos.

Pero el Gobierno de Washington procede con laudable cordura y corrección, y los de Madrid y de la Habana han logrado demostrar con su cortesía irreprochable al cuidar de los heridos en la catástrofe, al dar honrosa sepultura á las víctimas, al cooperar eficazmente á la salvación de los naufragos que, carece de fundamento cualquiera acusación que se haga contra el elemento oficial; y mientras las comisiones investigadoras española y americana no decidan técnicamente sobre la causa de la catástrofe, hay que atribuirle á un accidente, y por lo mismo, esperar que la paz no se turbe ni aun por este acontecimiento, que ha cubierto de luto muchos hogares americanos y es causa de un verdadero duelo nacional.

X. X. X.

México, 24 de Febrero.

RECUERDOS

¡La guerra, la infame guerra, la guerra maldita. Nosotros no la conocíamos, nosotros, notábamos aún veinte años en 1859. Estábamos entonces en el Colegio y ese nombre terrible no despertaba en nosotros más que el alegre recuerdo de los días de vacaciones.

Y sólo veíamos en nuestra memoria las noches templadas en que el pueblo se reía en calles y plazas: por la mañana, la noticia de una victoria había pasado sobre París como un soplo de fiesta, y al comenzar el crepúsculo las tiendas se iluminaban, los granujas tiraban petardos. A la puerta de los cafés había señores bebiendo cerveza y hablando de política, mientras que allá abajo, en algún rincón perdido de Italia ó de Rusia, los muertos, tendidos de espaldas, miraban con sus grandes ojos abiertos, vidriosos y sin luz, cómo nacían las estrellas.

En 1859, cuando se supo la victoria de Magenta, recuerdo que, al salir del Colegio, iba por la plaza de la Sorbona para ver, para pasearme, para participar de aquella fiebre que invadía las calles. Tropecé con un grupo de galopines que gritaban: «¡Victoria, victoria!» Me recreaba yo ante la expectativa de un día de fiesta. Y entre aquellas risas, entre aquellos gritos o sollozos. Era un viejo zapatero remendón, que lloraba en el fondo de su chiribitil. El pobre hombre tenía dos hijos en el ejército de Italia.

Desde entonces, aquellos sollozos han resonado con frecuencia en mis oídos. A cada rumor de guerra me parece que el viejo zapatero, que el viejo de cabellos blancos, se oculta para llorar en medio del frenético entusiasmo de la muchedumbre.

Me acuerdo aún de la otra guerra, de la campaña de Crimea. Tenía á la sazón catorce años; vivía en provincias; la guerra no me importaba un ardite, reduciéndose para mí al continuo paso de tropas, cuyo desfile se había convertido en una de nuestras diversiones favoritas.

Por la pequeña ciudad del Mediodía en que habitaba, atravesaron, á lo que creo, casi todos los soldados que fueron á Oriente. Un diario de la localidad anunciaba de antemano los regimientos que debían pasar. La partida se verificaba á las ocho de la mañana. Desde las cuatro estábamos en la carretera. Ningún alumno externo faltaba á la cita.

¡Ah, los gallardos mozos, los coraceros, los lanceros, los dragones, los húsares! Teníamos debilidad por los coraceros. Cuando el sol aparecía y sus rayos oblicuos se reflejaban en las corazas, retrocedíamos, ciegos, deslumbrados, como si un regimiento de astros á caballo desfilase ante nosotros.

Después sonaban las trompetas, y partían. Echábamos á correr detrás de los soldados. Los seguimos á los anchos caminos blanquecinos. La música tocaba, agradeciendo su hospitalidad á la población. La claridad de la atmósfera, la limpidez de la mañana, todo tenía aire de fiesta.

Recuerdo haber andado de esta manera millas y más millas. Ibamos al paso, atados los libros á la espalda con una correa, á modo de cartuchera. No debíamos acompañar nunca á los soldados más allá de la Poudrière; pero llegábamos hasta el puente; después remontábamos la costa; luego continuábamos hasta la próxima aldea.

Y cuando el miedo se apoderaba de nosotros y decidíamos detenernos, nos encaramábamos á algún ribazo, y desde allí seguíamos al regimiento con la vista, por entre los pliegues del terreno, á lo largo de los recodos del camino; los veíamos perderse y borrarse,

Frases autógrafas de Zola á la prensa del mundo

Merci à tous les soldats de la vérité, quelle que soit leur patrie. Je suis absolument convaincu que Dreyfus est innocent et que justice lui sera enfin rendue, car la France est toujours, malgré tout, la grande nation libre et généreuse.

Emile Zola

TRADUCCIÓN.

A todos los soldados de la verdad, cualquiera que fuere su patria, ¡gracias!

Estoy absolutamente convencido de que Dreyfus es inocente y de que al fin se le hará justicia, porque Francia es siempre y apesar de todo, la gran nación generosa y libre.

EMILIO ZOLA.

con sus mil pequeñas llamas, en la luz brillante del horizonte.

Aquellos días nadie se cuidaba del Colegio. Hacíamos novillos; nos entreteníamos con los guijarros del camino, y era frecuente bajar al río y permanecer allí hasta la noche.

En el Mediodía se ama poco á los soldados. Los he visto llorar de cansancio y de rabia, sentados en las aceras, con su boleta de alojamiento en la mano; los propietarios, los pequeños rentistas, que intentaban mil sutilezas; los ricos negociantes, que obraban con menos miramientos. todos se habían negado á recibirlos. Era menester que la autoridad interviniese.

La nuestra era la casa del buen Dios. Mi abuela, natural de la Beauce, amaba á aquellos hijos del Norte, que le recordaban su país. Conversaba con ellos; les preguntaba el nombre de su aldea, y ¡qué gozo cuando esta aldea estaba cerca de la suya!

Se nos enviaban dos hombres de cada regimiento. No podían quedarse en casa: los mandábamos á la posada, más no sin que antes mi abuela les hiciera sufrir un interrogatorio en toda regla. Me acuerdo que un día llegaron dos que eran de su mismo pueblo. No sintió que estos partiesen. Les hizo comer en la cocina. Ella misma les sirvió el vino. Cuando volví del Colegio, fui á ver á los soldados. Hasta creo que bebí con ellos.

Había uno bajo y otro alto; en el momento de partir los ojos del alto se llenaron de lágrimas. Había dejado en su país á una pobre vieja, y daba gracias con efusión á mi abuela, que le recordaba su querida Beauce, todo lo que dejaba detras de sí.

—¡Bah! (le dijo mi abuela). Ya volverá usted y traerá su cruz.

Pero él movía dolorosamente la cabeza. —Y bien—agregó ella—si usted vuelve por aquí, será preciso que venga á verme. Le guardaré una botella de este vino que tan bueno le ha parecido.

Los dos pobres muchachos se echaron á reír. Esta invitación les hizo olvidar por el momento su desgraciada suerte, y se vieron sin duda, de regreso, obsequiados en aquella casa hospitalaria, brindando por los peligros pasados. Prometieron formalmente no faltar.

Qué de regimientos no seguí desde entonces y cuántos infelices soldados no vinieron á llamar á nuestra puerta! Nunca olvidaré la procesión interminable de aquellos hombres que iban á la muerte. A veces, al cerrar los ojos, los vuelvo á ver, recuerdo ciertas fisonomías y exclamo: «¿En qué zanja oculta yacerá aquel?»

El paso de tropas empezó á ser menos frecuente, y un día se vió pasar á los soldados en sentido inverso, lisiados, exánimes, arrastrándose por los caminos. Ya no íbamos á esperarlos. No eran nuestros hermosos soldados. No merecían que arrostrásemos el enojo del maestro.

El triste desfile duró largo tiempo. El ejército sem-

braba de moribundos el camino. A veces mi abuela decía:

—¿Y los paisanos, te acuerdas, nos habrán olvidado?

Pero una tarde, á la hora del crepúsculo, un soldado llamó á nuestra puerta; venía solo; era el bajo.

—El camarada ha muerto—dijo al entrar. Mi abuela trajo la botella.

—Sí, bebere solo—añadió.

Y cuando se vió allí, á la mesa, levantando su vaso y buscando al del compañero para brindar, lanzó un gran suspiro, y murmuró:

—Soy el encargado de ir á consolar á la vieja. Preferiría haberme quedado allá abajo.

Mas adelante tuve á Chauvin por camarada en una oficina. Eramos ambos modestos empleados, y nuestras mesas se tocaban en el fondo de una habitación oscura, agujero excelente para no hacer nada esperando la hora de salida.

Chauvin había obtenido el grado de Sargento y volvía de Solferino con fiebres cogidas en los arbores del Piamonte. Maldecía sus dolores, pero se consolaba, culpando ó los austriacos. Estos bribones le habían puesto de aquella suerte.

¡Qué de horas pasadas en hablar! Tenía á mi antiguo soldado y estaba resuelto á no soltarle mientras no le arrancara ciertas verdades. No me curaba de las palabras sonoras, gloria, victoria, laureles guerreros, que adquirían en su boca soberbia resonancia. Le atacaba en los detalles insignificantes. Consentía en oír el mismo relato veinte veces para apoderarme de su sentido verdadero. Si imaginario, Chauvin me hizo preciosas confidencias.

En el fondo era ingenuo como un niño. No se alababa; se expresaba simplemente de la manera acostumbrada en la jerga militar: era un «fanfarrón inconsciente», un bravo muchacho convertido por el cuartel en insoportable charlatán.

Era fácil ver que tenía relatos, palabras dispuestas para cada ocasión. Adornaba sus anécdotas con frases hechas, como «tropas invencibles» y «valientes oficiales salvados en medio de la carnicería por el heroísmo de los soldados.» Por espacio de dos años estuve oyendo referir durante cuatro horas al día la campaña de Italia. No me quejo, sin embargo, Chauvin completó mi instrucción.

Merced á él, gracias á sus confesiones involuntarias, conozco la guerra, la guerra verdadera, no aquella cuyos episodios heroicos refieren los historiadores, sino la que infunde miedo á la luz del sol y se resbala en la sangre como una mujerzuela borracha.

Preguntaba á Chauvin:

—Y los soldados iban alegremente al fuego?

—¡Los soldados! Se les obligaba á ir, me acuerdo de algunos reclutas que no habían visto nunca el fuego, y que se encabritaban como caballos asustadizos. Tenían miedo; por dos veces emprendieron la fuga; pero se les hizo avanzar, y una batería mató la mitad. Era preciso verlos entonces, ciegos, cubiertos de sangre, arrojándose como lobos sobre los austriacos. Estaban desconocidos, lloraban de rabia, querían morir.

—Es un aprendizaje necesario—decía yo para alentarle.

—Y duro á fe mía—continuaba.—Créalo usted; los más valientes tienen sudores fríos. Es necesario estar chispo para batirse. Entonces ya no se ve nada; se adelanta uno, descargando golpes como un loco.

Y abandonándose á sus recuerdos:

—Cierdo día—agregaba—se nos había colocado á cien metros de una aldea ocupada por los austriacos, con orden de no movernos ni disparar. Pero he aquí que el enemigo nos acribilla con una granizada de balas. No había medio de escapar á ellas. A cada descarga bajábamos la cabeza. Vi á algunos que se tiraban al suelo. Aquello era vergonzoso. Así estuvimos durante un cuarto de hora. A dos de mis camaradas se les puso blanco el cabello.

Luego seguía:

—No, usted no tiene la menor idea de lo que esto es. Los libros disimulan la verdad..... Vea usted: la noche de Solferino no sabíamos siquiera si habíamos quedado vencedores. Corrían rumores de que los austriacos iban á venir á concluir con nosotros. Le juro á usted que estábamos con el alma en la garganta. Así, al día siguiente, cuando se nos hizo levantar antes del alba temblábamos; temíamos que la batalla se reanudase con más vigor. Seguramente habríamos sido vencidos, por que no nos quedaban dos átomos de fuerza. Cuando se dijo: «La paz está firmada» todos nos pusimos á dar cabriolas. Hubo una explosión de alegría salvaje. Los soldados se cogían de las manos y bailaban como las niñas. No miento; estaba allí; nuestro gozo era indescriptible.

Chauvin, que me veía sonreír, se imaginaba que yo no podía creer que el ejército francés tuviera tanto amor á la paz. Su sencillez era adorable. A veces le hacía ir muy lejos. En una ocasión le pregunté:

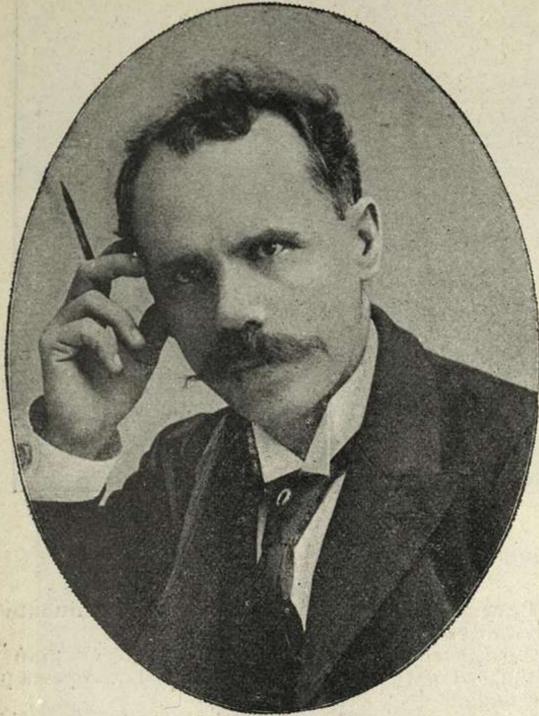
—Y usted ¿no tenía miedo?

—¡Oh! Yo—respondió riéndose modestamente—era como los demás..... Ignoraba lo que hacía. ¿Cree usted que sabe uno si es valiente? Se tiembla y se dan golpes; esta la verdad..... Un día me derribó una bala ya fría. No me moví pensando que, si me levantaba, acaso lo pasaría peor.

Y sin embargo, este bonrado Chauvin que no sabía disfrazar la verdad era un valiente. Había dominado al peor de los enemigos: la vanidad.

EMILIO ZOLA

LIMITES ENTRE MEXICO Y GUATEMALA



INGENIERO DON MANUEL E. PASTRANA
Jefe de la Comisión Mexicana de Límites,

Al fin, después de largos años de penosa labor para las Comisiones Mexicana y Guatemalteca encargadas de fijar la línea divisoria de ambas Repúblicas, se ha llegado al término de los trabajos sobre el terreno y ahora solo faltan algunos de gabinete que se convino serían rematados en México, en la ciudad de Puebla.

Aquellos trabajos fueron llevados á cabo por las Comisiones, venciendo innumerables obstáculos y dificultades que se han presentado, y logrando, por fin, la conclusión de la laboriosa obra.

El clima mortífero de los valles y serranías en don-

de trabajaban los ingenieros, fué la causa principal de que las obras se suspendieran algunos periodos de tiempo, por la falta de brazos, reanudándose cuando se llegaban á conseguir algunos peones en las aldeas próximas y que accedían á trabajar, después de mucha resistencia.

Hubo ocasión en que de algunos puntos salieran varias partidas de peones á trabajar en determinado lugar y no llegaron á su destino sino uno ó dos individuos, quedando en el camino insepultos y abandonados los cadáveres de todos los demás, hasta que alguno de los ingenieros recibía aviso.

Una de las enfermedades más terribles que tienen asoladas la mayor parte de las poblaciones de la Serranía, son las calenturas que algunas veces en pocas horas concluyen con sus víctimas.

La Comisión de Guatemala con motivo del asesinato del Gral. Reyna Barrios, Presidente de la vecina República, ha retardado su marcha para México; pero por telegramas recibidos por el señor Ingeniero Pastrana, se sabe que es muy probable lleguen en este mes ó á más tardar en la primera quincena del entrante.

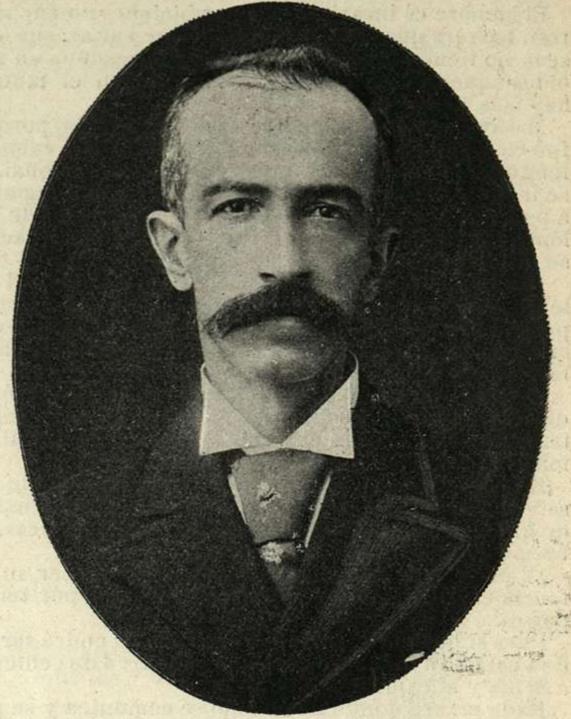
Se les alojará en un lugar á propósito, atendiéndoseles debidamente; y acabados los planos hechos por los Ingenieros mexicanos y guatemaltecos, se compararán, y en caso de estar de acuerdo, lo cual espera fundamentalmente el jefe de la Comisión mexicana, por haber trabajado todos á conciencia y de comun acuerdo se procederá á firmar la carta por duplicado, remitiendo un ejemplar al Gobierno de Guatemala y quedando otro en la Secretaría de Relaciones de nuestra República.

En este mismo número publicamos los retratos de los señores Ingenieros Manuel E. Pastrana y Claudio Urrutia jefes de las Comisiones de México y Guatemala, respectivamente.

He aquí como bajo los auspicios de la paz y de una amistad leal y sincera, se está llegando al término de una cuestión que por dilatado periodo de tiempo preocupó á los hombres políticos de ambos países, y que en algunas veces se pensó no podría resolverse sino de un modo violento.

Hace pocos años, como recordarán nuestros lectores, surgió un serio incidente con motivo de haber venido fuerzas guatemaltecas, á hacer efectivo el dominio de aquella nación sobre unas rancherías que se consideraban establecidas en territorio mexicano.

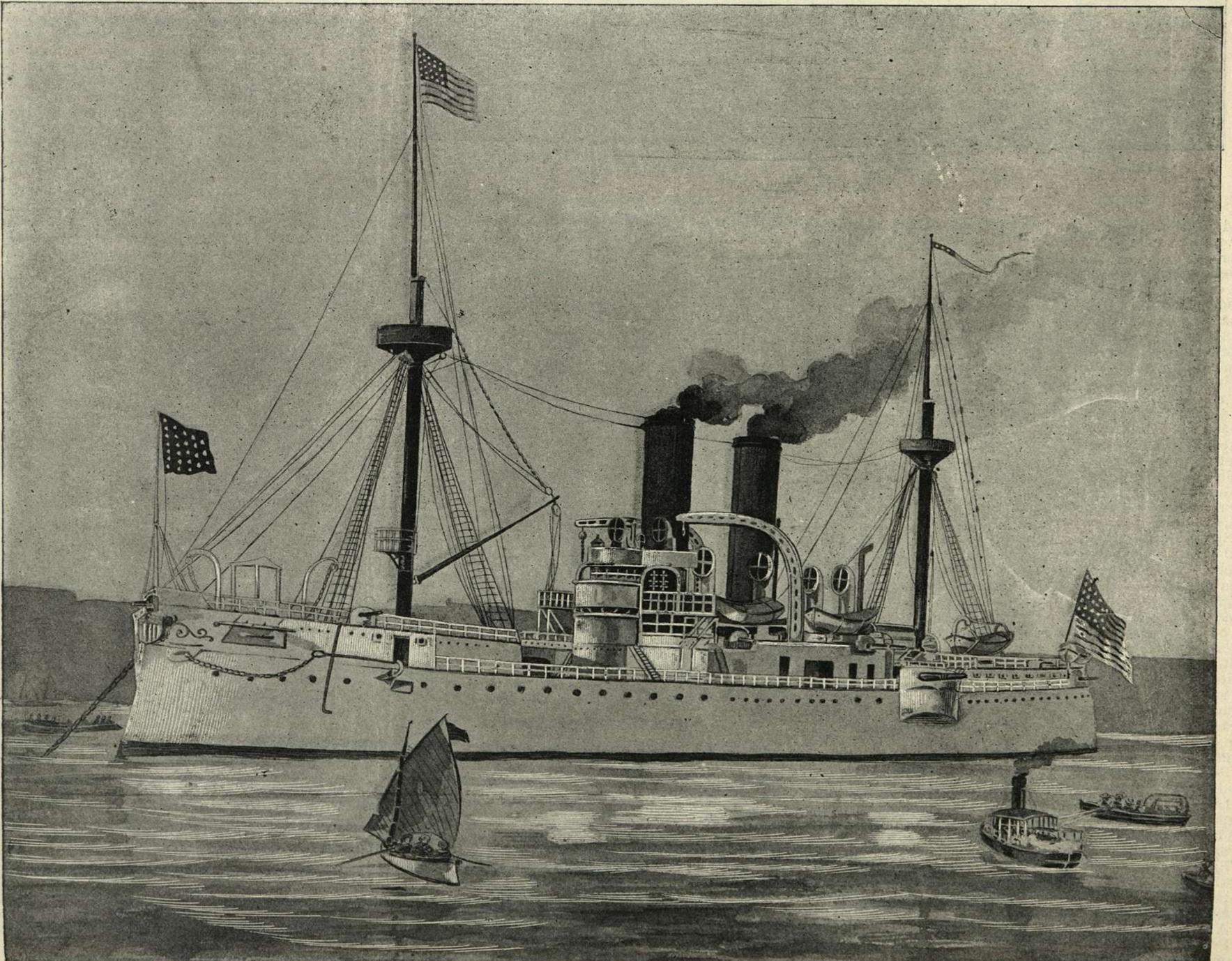
Por fortuna ni una ni otra nación se dejó llevar de arrebatos irreflexivos, sino que por el contrario, desoyéndose el vocerío de los espíritus inquietos y le-



INGENIERO DON CLAUDIO URRUTIA
Jefe de la Comisión Guatemalteca de Límites

vantiscos que pedían la guerra, se llevó á efecto un estudio sereno y frio del asunto y de los demás que con él se relacionaban, y abrazándolos todos en un solemne convenio, se acordó indemnizar por parte de Guatemala á las rancherías perjudicadas y fijar las bases de una paz estable y duradera.

Es de justicia hacer constar que cuando surgió el incidente referido los ingenieros de la Comisión Mexicana de límites estaban en territorio guatemalteco, y que fueron tratados por las autoridades y particulares con toda suerte de consideraciones.



EL ACORAZADO «MAINE» QUE HIZO EXPLOSIÓN EN LA BAHIA DELA HABANA

Telégrafos sin hilos.

El hombre es insaciable: sus ambiciones no encuentran barrera que no se esfuerce por saltar; sus deseos no tienen límite; constantemente resuenan en sus oídos aquella voz tentadora: "Lisardo en el mundo hay más."

Maravillosa conquista fué la del telégrafo, porque fué casi suprimir el espacio; pero al fin y al cabo, el lenguaje telegráfico es un lenguaje convencional. Y se inventó el teléfono, por cuyo medio la voz humana, á pesar de ser tan débil, resuenan á centenares de kilómetros y aun aspira á traspasar los mares y á hacerse oír de una á otra orilla del Atlántico.

Pues todavía esto parece poco. El telégrafo y el teléfono se nos antoja que son mecanismos imperfectos, porque uno y otro emplean hilos metálicos para salvar la distancia y transportar la señal eléctrica ó la palabra humana.

Este hilo metálico es una humillación; es un resto de servidumbre; revela en cierto modo nuestra impotencia, sujeta los anhelos del espíritu á la metálica materia de un conductor.

De aquí el nuevo problema que hoy se pretende resolver: transmitir las señales eléctricas á centenares de kilómetros, si es posible sin líneas telegráficas, libremente, por el espacio, por el éter.

¿Y por qué no? La ciencia supone que el éter, substancia eminentemente elástica, se extiende por todas partes.

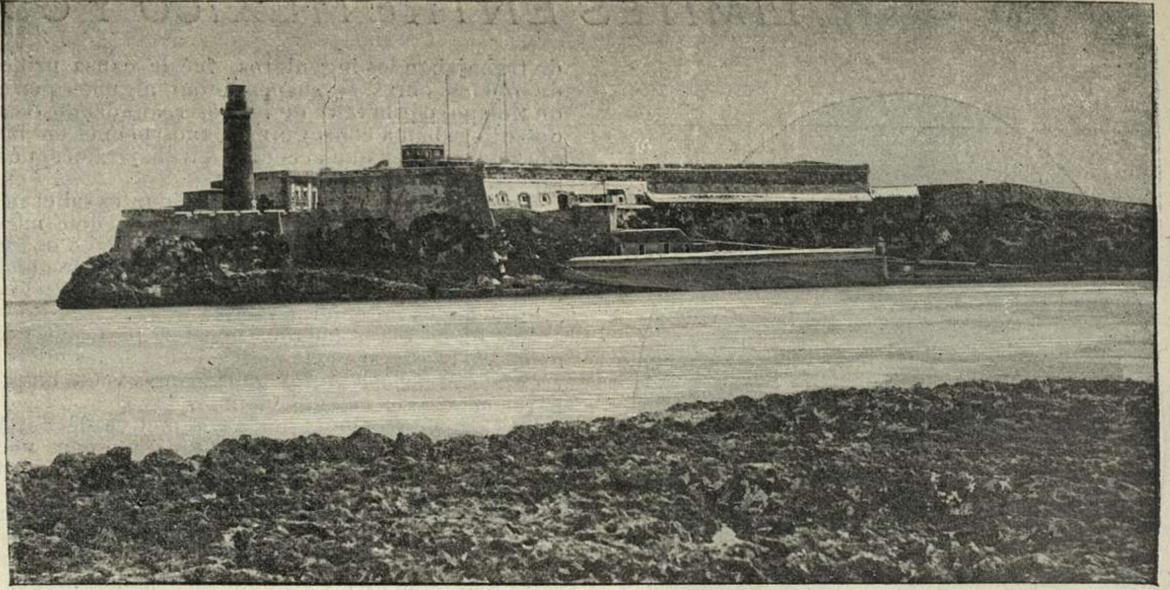
Pues si por todas partes se extiende, él podrá servir de vehículo á la señal eléctrica, como sirve de vehículo á la luz y al calorífico.

Nada muere donde nace: todo se comunica y se pone en relación con cuanto le rodea.

Si un hombre levanta un dedo, ¿quién puede dudar que teóricamente este movimiento, con ser tan mínimo y tan insignificante, ha de tener resonancia hasta en las regiones más apartadas del cosmos?

Pero ¿qué número es capaz de expresar y de medir la magnitud de esta resonancia ó de esta influencia en el estado dinámico de una lejana nebulosa?

Claro es que toda la señal eléctrica, ya una corriente que nace en un conductor, ya una carga de electrici-



CASTILLO DEL MORRO

Marconi ha conseguido sino una victoria decisiva, una victoria de gran importancia.

Abandonando el sistema de los campos electro-magnéticos y acudiendo al de los campos electro-estático ha logrado transmitir las señales eléctricas á quince kilómetros de distancia, desde un *pequeño aparato transmisor* á otro *aparato receptor* tan pequeño como él, casi pudiéramos decir, *de un punto á otro punto*.

Su sistema es verdaderamente ingenioso, y el principio en que se funda, quizá sin sospecharlo su autor tiene algo de metafísico.

Las causas de los fenómenos pueden ser *causas eficientes* de las que pasan totalmente á sus efectos. Cuando un cuerpo choca con otro cuerpo, y contra él se para, la fuerza viva que llevaba el primer móvil, se

la llave ha sido causa ocasional ó determinante de movimiento de la máquina.

El esfuerzo que desarrolló el maquinista ¡qué pequeño!, el esfuerzo que desarrolla la máquina ¡qué enorme!

Entre la causa y el efecto no hay aquí proporción ni puede haberla; la causa aquí no es más que como una orden de mando para que entren en juego otras fuerzas y otras energías, que pueden ser tan grandes como se quiera.

Y lo mismo pudiéramos decir del fósforo que inflama una carga de pólvora.

Pues en estos principios se funda el admirable *receptor* del ingeniero italiano.

Las variaciones del campo eléctrico no se convierten íntegramente en señales eléctricas; porque á la distancia de quince kilómetros, estas variaciones son muy pequeñas y las señales eléctricas serían imperceptibles.

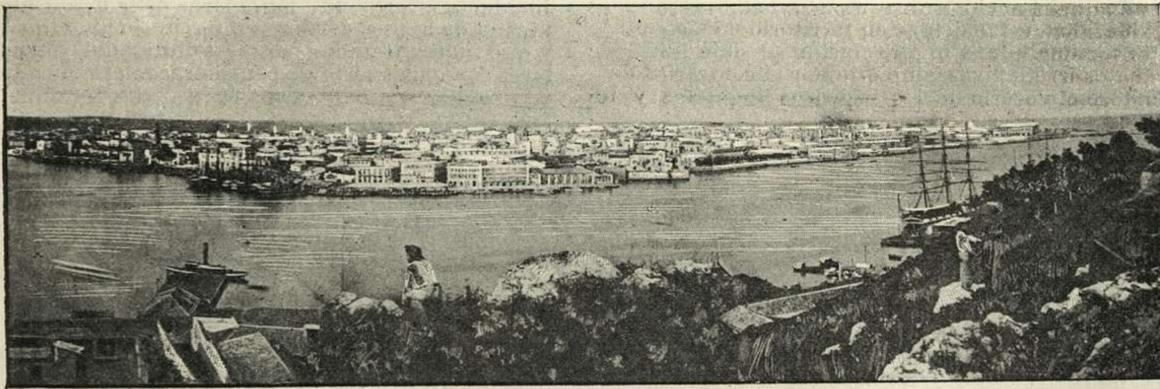
Lo que hacen las variaciones del campo eléctrico es obrar como causas determinantes, haciendo entrar en juego ó suprimiendo, alternativamente, una corriente eléctrica, que puede ser tan grande como nos convenga.

Descubrió un físico francés según parece, que ciertas masas metálicas pulverulentas (según se dice, compuestas de polvo de plata y polvo de níquel), en estado natural, no conducen la electricidad; y que, por lo tanto, si se interponen en un conductor, cortan la corriente. Pero que, cuando se las somete á la acción de un campo eléctrico, aun siendo de muy pequeña intensidad, el polvillo metálico se ordena y polariza, y ya la masa es conductora de la corriente eléctrica.

Pues en esto se funda el nuevo receptor. Este se halla cortado, y sus dos extremos penetran por las dos partes opuestas de un tubo de cristal y terminan por dos discos metálicos, que no están en contacto, pero si á pequeña distancia uno de otro: el pequeño intervalo que hay entre ellos se llena con la substancia pulverulenta de que antes hablábamos, y vienen á ser como la llave que ha de abrir ó de cerrar el paso de la corriente. Agreguemos á lo dicho que un martillo golpea en el tubo de cristal, con el mismo ritmo con que van llegando las ondas del campo eléctrico.

Llega una onda, polariza la masa pulverulenta y la hace conductora, que es como abrir la llave.

La corriente pasa. Pero el mazo golpea en el tubo; y la masa pulverulenta se despolariza y desordena, haciéndose aislado.



BAHIA DE LA HABANA

dad estática que se acumula sobre una esfera de metal y que oscila, han de alterar las condiciones del éter que los rodea, han de operar lo que se llama un *campo eléctrico*, bien un *campo electro-magnético*, bien un *campo electro-estático*. Pero la intensidad de esta modificación, irá decreciendo con la distancia, según una ley empezará rapidísima, y á un centenar de kilómetros la modificación del éter será tan pequeña, que no se comprende cómo pueda existir aparato con sensibilidad suficiente para apreciarla.

Sucede aquí lo que sucede con la luz: soles enormes; se nos presentan en el espacio como pequeñísimos puntos brillantes. La distancia todo lo achica!

Que las modificaciones eléctricas de un sistema pueden transmitirse por el espacio, apoyadas en el éter no más, es cosa sabida y evidente. La conversación que circula por el alambre de un teléfono puede oírse en un alambre paralelo; y de aquí nace una primera solución del problema; pero, á decir verdad, muy imperfecta.

Si en la orilla de un río que tenga, ponga por caso 100 metros, se establece un conductor que tenga 100 metros también, comunicando sus extremos con tierra, y en la otra orilla se hace otro tanto, es decir, se tiende otro conductor de cien metros, paralelo al primero, todo sistema de corrientes eléctricas que circule por uno de ellos y que representará, naturalmente, un sistema de señales, creará un campo electro-magnético; es decir, una alteración en el éter, alteración que se extenderá hasta la orilla opuesta; que rodeará al segundo conductor, y que provocará en él otro sistema de corrientes eléctricas, ó, hablando en términos prácticos, *de señales*, que salvarán la anchura del río sin que ningún alambre las lleve de una á otra margen.

Pero es un sistema imperfecto, molesto y de escaso poder; es decir, de pequeño alcance.

La intensidad del campo magnético, que podemos suponer que decrece en razón inversa del cuadrado de las distancias, llegaría al otro extremo con escasísima intensidad.

Bien pronto la transmisión sería prácticamente imposible.

¿Hay algún modo de vencer este obstáculo, mejor dicho, esta dificultad?

A primera vista parece que no.

Pero el genio de la invención no se da por definitivamente vencido jamás.

Y en el problema que nos ocupa, el ingeniero italiano

conserva íntegra después de verificarse el choque, ni disminuye, ni aumenta, y si desaparece de la vista, es porque se ha convertido en calorífico ó en trabajo molecular.

Pero hay otras causas que podemos llamar *ocasionales*, porque no son ellas las que producen directamente los efectos: tales causas sólo sirven de ocasión para que estos efectos se produzcan.

Cuando un mecánico da vuelta á la llave de un tubo que conduce vapor y éste se precipita en los cilindros y pone en movimiento la máquina, el movimiento de



ESTUDIANTINA HISPANO-MEXICANA "CARIDAD"



DAMAS Y CABALLEROS QUE EJECUTARON LA SINFONÍA DE HAYDEN EN EL BAILE DEL SR. KOSIDOWSKI.

ta, que es como cerrar la llave: la corriente se interrumpe. Y de este modo continúan las señales entre el transmisor y el receptor.

Nos encontramos aquí con que aquellos caracoles simpáticos, de que se habla hace muchos años, ha venido á encarnar en dos aparatos eléctricos, que funcionan con el mismo ritmo. En esto consiste su simpatía.

Y es que á veces los poetas, los literatos, los humoristas, y, en suma, los hombres de imaginación, tienen adivinaciones maravillosas, por disparatadas que parezcan.

JOSÉ ECHEGARAY.

LA EXPANSION DE LAS LENGUAS

Por iniciativa de la *Review of Reviews*, de Londres, se ha establecido entre Inglaterra y otros países un sistema de comunicación tan original como de grandes resultados prácticos.

Sabido es que actualmente el conocimiento de los idiomas ha venido á constituir una necesidad esencial de la vida moderna. Los ferrocarriles poniendo en rápida comunicación á los pueblos y sembrando el cosmopolitismo en las grandes ciudades, han convertido á París en un arrabal de Londres y á Europa casi en una nación, cuyas capitales vienen á ser como cabezas de regiones.

De ahí que hoy los viajes constituyan paseos recreativos y que los viajeros se familiaricen con los diversos idiomas que se hablan en el mundo en pocos meses, á la manera que el castellano se habitúa al cabo de poco tiempo al dialecto de cualquiera de las provincias de España.

Pero como el estudio precipitado de los idiomas es causa principal de que aunque se hablen no se escriban, ó se escriban mal y se hablen peor, la célebre revista londinense ha ideado un procedimiento muy curioso para conseguir la expansión de los idiomas, al propio tiempo que la formación de una inmensa liga internacional en que personas desconocidas fraternicen, comunicándose por medio de cartas sus sentimientos y sus ideas.

El principal objeto de la *Review of Reviews* se encamina á que personas que estudien, por ejemplo, el español en Francia, escriban á cualquiera otra de España, bien sea mujer, bien hombre, preguntándole cuáles son sus gustos, sus inclinaciones, sus quehaceres, etc., y la mutua correspondencia daría por resultado escribir bien en las lenguas que empleasen recíprocamente los comunicantes.

La idea ha tenido en Inglaterra y en Francia un éxito extraordinario.

En la actualidad es posible que pasen de cuatro mil las personas que mantienen entre sí incesante y provechosa correspondencia.

De este modo se va ensanchando, además, el círculo de las relaciones individuales, y nadie podrá poner en duda las ventajas que reporta el tener conocidos en todas partes.

La idea del *Review of Reviews* ha sido patrocinada por su homónima de París la *Revue des Revues*, y ambas dan cuenta del éxito que ha obtenido este bonito pensamiento.

¿Y quién sabe si con este nuevo sistema epistolar no se llegue á conseguir que muchos ingleses, franceses y rusos se enamoren de los hermosos conceptos de algunas ingeniosas ó ingenuas españolas y vayan á completar la obra ofreciéndose verbalmente como sus muy afectísimos y seguros servidores que besen sus pies?

Quién desee iniciar estas correspondencias, puede dirigirse á la *Revue des Revues* en París.

RICARDO.

LA ESTUDIANTINA

En los paseos y calles, en el teatro y en escogidas casas particulares, ha sido visto y oído con extraordinario aplauso el simpático y entusiasta grupo de jóvenes que forman la estudiantina hispano-mexicana, y que al placer de la diversión ha unido en consorcio feliz el placer de la caridad, pues los fondos que colecta serán aplicados á instituciones de beneficencia de esta Capital.

Por donde quiera que ha ido la estudiantina he llevado en pos un brillante séquito de calurosos admiradores; y encantando con sus canciones y conquistando aplausos y despertando simpatías, llena la grata y benéfica misión que se impuso voluntariamente.

Entre los grabados de este número hallarán nuestros lectores uno que representa á la Estudiantina hispano-mexicana.

El baile en casa del Señor Cónsul Alemán

El acontecimiento social que constituye una nota brillante de la temporada carnavalesca en México, ha sido el baile que el Sr. Pablo Kosidowski y su elegante esposa dieron en su residencia de la Calle de Capuchinas.

Correctamente engalanados los salones, recibieron una escogida concurrencia de damas y caballeros.



UN GRUPO DEL MINUETTO EN EL BAILE DEL SR. KOSIDOWSKI.

Reinó la mayor animación durante la inolvidable fiesta que estuvo llena de deliciosos atractivos. Lo más notable fué la sinfonía de Hayden ejecutada admirablemente por un concierto de capricho, dirigido por el Sr. Plagge, y un minuetto bailado con trajes de carácter del más hermoso efecto.

Nuestros grabados dan idea de las grupos que ejecutaron la sinfonía y bailaron el minuetto.

VIEJOS ROMANTICISMOS

SUICIDA.....

...Tuve un acceso de dolor; el llanto se cuajó en mis pupilas, quedé mudo: inmóvil cual la fría estatua de un sepulcro; Sentí no sé que vértigo sombrío que estremeció mi espíritu, y al punto se hundió mi pensamiento en un abismo oscuro.

Miré desde el umbral la alcoba: en ella se dibujaba con los rayos últimos del sol enrojecido el tapizado muro.

Por la ventana abierta que era un marco de luces y fulgores de crepúsculo, el cielo sonreía transparente y profundo.

Rodaban por la alfombra algunas flores mustias y desprendidas de los búcaros..... estaba un libro abierto en la mesa de estudio.

Y en el ángulo, lleno de tinieblas, al fulgor azulado y moribundo de lámpara colgante que arrojaba espirales de humo, vi destacarse los contornos rígidos del blanco lecho, en el rincón oscuro, como el campo sin mancha de la nieve entre la bruma oculto.

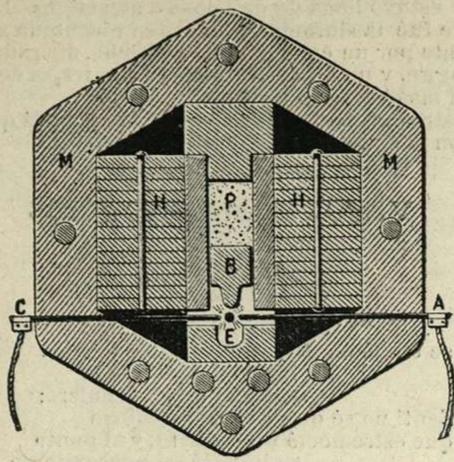
Allí estaba la hermosa. inerte, exangüe. pálida, cual Julieta sobre el túmulo; hundidos en las ondas de su cabello rubio,

el rostro de perfiles delicados y las líneas purísimas del busto; envuelto en una túnica alba, de pliegues duros,

el cuerpo inanimado que arrojaba su proyección medrosa sobre el muro; fuera del lecho, un brazo que caía desnudo.....

Del trágico desorden de la alcoba distinguir pude los detalles últimos: entre dos flores secas una esquela de luto; arriba, entre la luz, un crucifijo, y en medio de este lúgubre conjunto, palpitación de sombras, aleteos misteriosos y mudos.....

LUIS G. URBINA.



APARATO PARA FABRICAR DIAMANTES

Diamantes artificiales

El diamante, como lo sabe todo el mundo no es más que carbono cristalizado, y se ha ensayado ya muchas veces producirlo artificialmente.

La materia prima existe en abundancia, y si no se conocen bien los medios empleados por la naturaleza para fabricar el diamante, se supone á lo menos que un gran calor combinado con una enorme presión es el principal agente para que se realice la formación de esa piedra que es la más preciosa de cuantas hasta ahora se conocen.

Mr. Moissan, que ha llegado en su horno eléctrico á producir temperaturas de 2,000 grados y aún más, ha intentado reproducir aquellas dos condiciones colocando en medio de una masa de plata fundida un pedazo de carbono elevado al más alto grado de temperatura.

Enfriando bruscamente la plata, se contrae y produce la compresión requerida. La experiencia práctica ha correspondido á lo menos en parte á la teoría, porque se han encontrado, en efecto, diamantes microscópicos cuando se ha roto el bloc que se formó de la manera indicada.

Otro experimentador Mr. Majorama, ha pensado que si se lograba obtener una presión más fuerte se alcanzarían probablemente resultados mejores, y nuestro grabado da una idea del dispositivo que ha imaginado. En medio de sólidas armaduras de hierro (E. y H), formadas por rodajas de hierro atornilladas y entrecruzadas, ha encerrado un tubo en el cual puso pólvora de cañón (P). En la extremidad inferior colocó una especie de bala (B) de la que estaba suspendido un trocito de carbono que se había elevado á una temperatura muy alta por medio de una corriente eléctrica transmitida por dos barrillas de carbón (A. y C.).

Cuando la temperatura se consideró suficiente, se dió fuego á la pólvora con un hilo de platino que la corriente eléctrica encendió al rojo en el instante deseado. La bala fué vivamente empujada á la cavidad (E.) puesta debajo, y entró con ella el pedazo de carbono que estaba así en excelentes condiciones de ser fuertemente comprimido.

Luego se desmontó el aparato; y empleándose tratamientos muy delicados para eliminar el hierro y el carbono amorfos, se encontró un polvo que rayaba los rubíes y que tenía todos los principales caracteres del diamante natural, pero los pedazos más grandes no excedían de un décimo de milímetro.

No habrían servido pues para hacer una joya, pero bajo el punto de vista científico, es del más alto interés hacer constar y haber comprobado, que eran verdad las previsiones de los mineralogistas.

La lámpara de Wells

El alumbrado de grandes espacios al aire libre, es bastante difícil de realizarse con las lámparas de que se dispone ordinariamente y cuando no se trata de una fiesta pública, donde la multiplicidad de focos luminosos es un feliz pretexto para decorar alguna localidad, sino de poder disponer de una ó dos luces poderosas.

Desde hace algún tiempo se ve en todas partes, pero sobre todo en las canteras, una lámpara izada en lo alto de un mástil y lanzando con un ruido más bien inquietante una larga llama de gran fuerza iluminadora. Es la luz de Wells, producida por la combustión de aceites pesados de petróleo.

El sistema, que no ofrece ningún peligro, se compone de un receptáculo (R.) en el cual se introduce el combustible por medio de un tubo (A.) y de una bomba aspirante y de presión (P.) que se maneja con la mano. Cuando están llenos de aceite unos dos tercios del receptáculo, se separa el tubo y se continúa bombeando para comprimir aire en la parte superior y hacer ascender el líquido por el tubo (T.) al quemador (L.) Este está formado de una serpentina de lámina delgada por donde se escapa el aceite.

Para que empiece á funcionar, se hace arder alcohol durante algunos minutos en una copa colocada bajo la serpentina, con lo cual se calienta el aceite y produce un gas que se inflama produciendo una fuerte luz.

El calor que desde entonces se sigue desprendiendo del foco luminoso es suficiente para que el aparato continúe funcionando, ya sin el auxilio del alcohol. Para sostener la presión del aire basta bombear un poco, de tiempo en tiempo.

Para una lámpara de potencia de mil bujías, los diversos gastos de combustible, entretenimiento y limpieza ascienden en Francia á unos 70 centimos por hora que vienen á ser 14 centavos de nuestra moneda.

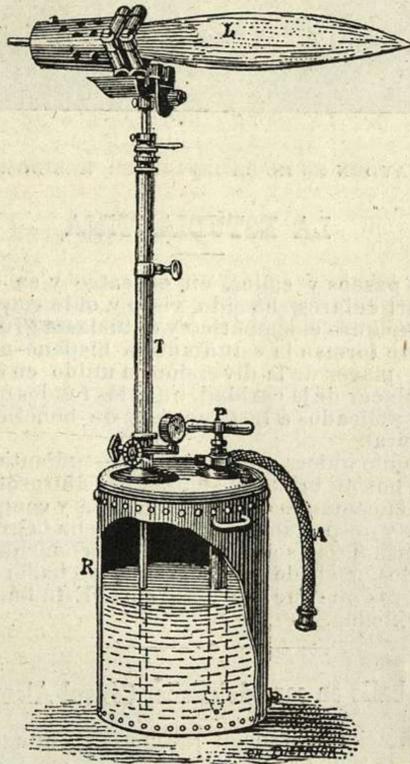
El ascensor proyectado

Los periódicos alemanes hablan de un medio de transporte que va á ser empleado para que los viajeros verifiquen la ascensión del monte Hochstaulfen en Baviera. En vez de un ferrocarril de cadenas, se utilizará un globo guiado por un riel que se fijará en el flanco de la montaña, por medio de pilotes de hierro espaciados de cinco en cinco metros. Un sistema de garfios corredizos retendrá el carruaje contra el riel y le servirá de guía, en tanto que la fuerza ascensional del globo se utiliza como motor para remolcarlo.

El descenso se efectuará en virtud de la pesantez y el globo entonces convenientemente arreglado obrará como freno. Para este efecto, se ha dispuesto un receptáculo que se llena con 500 litros de agua y que se puede vaciar más ó menos según el esfuerzo que se quiera producir. Pesas de hierro sirven además para compensar el número de viajeros que falte.

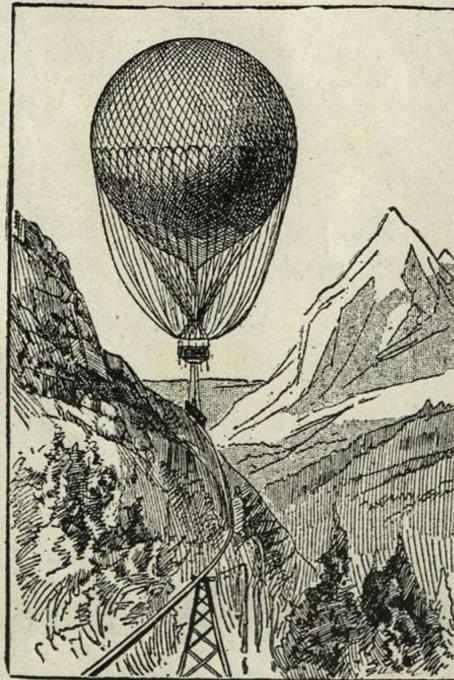
La experiencia en escala reducida ha sido ya hecha y ha dado resultados bastante satisfactorios, para que los promotores de la empresa MM. Volderaner y Brackebusch hayan hecho un proyecto completo de instalación definitiva.

El globo tendrá 22 metros de diámetro y una fuerza ascensional de 4500 kilogramos; y siendo el peso del cable, de la envoltura, del vehículo y de los accesorios, de 3,400 kilogramos, quedará un sobrante de fuerza disponible de 1,100 kilogramos.



LA LÁMPARA DE WELLS

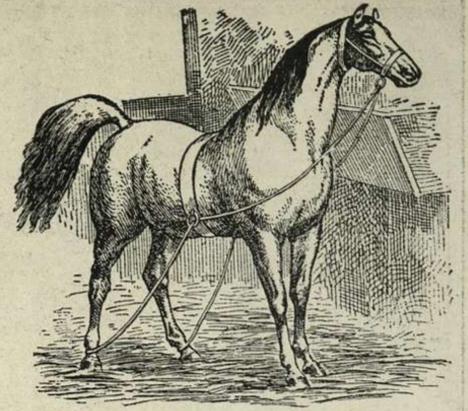
Esta instalación quedará construida y será menos costosa que un ferrocarril de cables, pero es de temerse que el viento venga á comprometer la explotación. En cambio, en tiempo de calma no hay razón para que tal sistema no marche convenientemente, y la originalidad del ascensor será indudablemente un gran aliciente para los turistas.



EL ASCENSOR PROYECTADO

Contra los caballos pateadores.

Los dueños de caballos conocen muchos medios de corregir la manía de tirar coces que adquieren tan fácilmente, sobre todo, los caballos briosos. No creemos inútil, sin embargo, señalarles el que aconseja. El



CONTRA LOS CABALLOS PATEADORES

Cosmos que es fácil de realizarse y que produce, dicen, resultados infalibles.

Como lo indica el grabado, se dispone una cuerda que pasando por la argolla del bozal ó almartigón del caballo, y por otras dos argollas que se fijan á los dos lados de una cincha, va á terminar en cada uno de sus extremos atada á una pata del animal.

Fácilmente se da una cuenta del efecto que el aparato tan sencillo y eficaz produce; desde que el caballo dispara la cox recibe un fuerte golpe en la nariz y al cabo de algunos ensayos seguidos invariablemente del mismo resultado, comprende que es preferible renunciar á este recurso contraproducente.

EXCELENCIA DEL CAFE

Si Ben-Zuma perdió el Paraíso por una taza de café, éste, según uno de sus entusiastas defensores, es uno de los medios con que se puede ganar el cielo, he aquí sus deducciones no exentas de lógica:

El café despeja la cabeza.

Con la cabeza despejada se trabaja con gusto.

Trabajando con gusto, se trabaja mucho y bien.

Trabajando mucho y bien hay ganancias.

La ganancia es dinero.

El dinero produce buen humor.

Con dinero y buen humor, hay salud ó se alivia el mal.

Con dinero, buen humor y salud, es uno feliz.

El que es feliz, se halla dispuesto para el bien.

Las buenas obras conducen al cielo.

Ergo. El café es el camino del cielo.

Y como después del cielo no hay nada más, damos por terminado este artículo sobre el café.

Aunque todavía queda algo que decir pues como el cielo empieza cuando la tierra termina hay que tener siempre presente la tierra y en ella para gozar de venturas nada hay como el café. Así pues, café para la dicha de esta vida y la bienaventuranza eterna.

MARZAL.

Una serpiente voraz

El Administrador de Correos de Soyán, señor Walker, persona muy respetable, afirma que desde algún tiempo los agricultores del valle de Crystal Creek, en el Condado de Phillips, Kansas, E. U., son presa de una viva emoción.

Un enorme reptil hace de vez en cuando su aparición en esas comarcas, y los hacendados, los más dignos de crédito, aseguran que el monstruo tiene más de cincuenta pies de largo. Su cuerpo tiene la figura de la serpiente, pero tiene una lengua ahorquillada, y lleva dos pequeños cuernos sobre la cabeza. Se nutre de animalitos y aves.

Lo que más hace lamentar á los agricultores, es que el apetito del monstruo es feroz. En una sola noche un hacendado perdió 60 pollos, y al amanecer ha podido seguir la huella del reptil voraz, hasta el arroyo inmediato; claro era que el monstruo había pasado por el corral del hacendado. Uno de sus vecinos ha perdido 40 puerquitos de leche en cuarenta y ocho horas. En fin, un hacendado alemán certifica que el monstruo ó serpiente destructora, ha matado un caballo de un solo colazo, mientras la pobre bestia comía á orillas del arroyo.

Varias veces se ha hecho fuego sobre ese reptil de raza desconocida, pero su piel está á prueba de bala. Cuando se enoja, levanta la cabeza á una altura de más de seis pies, saca la lengua no menos de tres pies; y pega un grito semejante á un perrito que llora. Se esconde en las marismas y en las aguas del arroyo.

Piensen unirse para darle caza y lograr su exterminio.

Otro pago de \$6,544.00 de "La Mutua" en Mexico

Recibí de "The Mutual Life Insurance Company of New-York" la suma de (\$6,544) seis mil quinientos cuarenta y cuatro pesos; valor de la póliza, \$5,000.00. Por devolución de premios, \$1,544.00 en pago total de cuantos derechos se derivan de la póliza número 525,740, bajo la cual y á mi favor estubo asegurado mi finado esposo el señor D. Roberto S. Posada, de Acapulco, y para la debida constancia en mi carácter de beneficiaria nombrada en la póliza, extendiendo el presente recibo en la misma póliza que se devuelve á la Compañía para su cancelación en México á 26 de Enero de 1898.—Josefa A. V. Posada. Apolinar Velasco, Notario Público, Certifico y doy fe: que ante mí fué firmado el anterior recibo por la señora Josefa A. V. de Posada, recibiendo dicha señora la mencionada cantidad de seis mil quinientos cuarenta y cuatro pesos en chek contra el Banco de Londres y México. Y para constancia pongo la presente que sello y firmo en México á veintiséis de Enero de mil ochocientos noventa y ocho. Doy fe.—Apolinar Velasco.—Notario Público.

Mi última cacería.

DAMAS MEXICANAS

Un día al salir á cazar me llevé un volumen inglés traducido del sanscrito, lengua sagrada de la India. Un corzo inocente y feliz brincaba de alegría por la hierba aún empapada del rocío en la linde del bosque. De cuando en cuando le distinguía por entre las matas enderezando las orejas, sacudiendo al sol naciente su tersa piel arrancando los tiernos retoños y gozando de su tranquilidad y aislamiento.

Hijo de cazador, he pasado mis primeros años entre guarda-bosques, curas de aldea y señores campesinos, cuyas jaurias se mezclaban á menudo con la de mi padre; por lo tanto, nunca tuve ocasión de reflexionar sobre el fatal instinto del hombre en formarse un pasatiempo de la muerte, matando sin necesidad, sin justicia, sin piedad y sin ningún derecho á unos pobres animales, que tendrían sobre él el mismo derecho de caza y muerte á ser tan insensibles, tan feroces y á ir tan armados en sus diversiones.

El perro había dado con el rastreo; me hallaba con la escopeta en la mano y tenía al corzo en el extremo del cañón; pero no podía desprenderme de un cierto remordimiento, cierta incertidumbre en cortar de repente tanta vida, tanta felicidad y tanta inocencia en un sér que no me había hecho mal alguno, que saboreaba la misma voluptuosidad matinal que yo; criado por la Providencia y dotado quizás de una sensibilidad superior á la mía, y enlazado con los mismos vínculos de parentesco y afección que yo con el bosque, buscando á un hermano, esperado por su madre, buscado por su compañera y llamado por sus hijuelos. Pero el instinto maquinal de la costumbre, dominó á mi deseo de no matar. El tiro partió y el corzo cayó atravesado un brazuelo por la bala, haciendo en su dolor vanos esfuerzos por levantarse del suelo enrojecido por su sangre.

No olvidaré nunca aquella mirada, á la que el espanto y el dolor daban una expresión de sentimiento enteramente humano, y tan inteligible como las mismas palabras; porque los ojos poseen también su lenguaje, sobre todo cuando están próximos á cerrarse para siempre.

Cuando se hubo disipado el humo del tiro me acerqué pálido y temblando al sitio del crimen. El lindo animal no había aún muerto, y me miraba con la cabeza recostada en la hierba y con los ojos anegados en lágrimas.

Aquella mirada me decía claramente con su desgarradora reconvención: "¿Quién eres tú? Yo no te conozco: nunca te he ofendido: tal vez hubiera podido amarte: ¿por qué me has herido de muerte? ¿Por qué me has quitado la vista del cielo, de la luz, mi parte de aire, de juventud de felicidad y de vida? ¿Qué va á ser de mi madre, de mis hermanos, de mi compañera y de mis hijos, que me esperan en el bosque, y que no volverán a ver de mí más que unos mechones de lana esparcidos por el tiro, y algunas gotas de sangre que están regando esta hierba? ¿No hay allá arriba quien me vengue y que juzgue tu crueldad? Y sin embargo, yo que te acuso, te perdono: en mis ojos no existe la cólera, pues mi natural es generoso aún para mi asesino: en mí no hay más que asombro, dolor y lágrimas."

Esto decía la triste mirada del corzo herido; yo lo comprendía como si hubiera oído su voz. "Acábame de una vez," me parecía aún que quería decir al ver el llanto de sus ojos y los inútiles estremecimientos de sus miembros. Hubiera querido poderlo aliviar á cualquier precio; pero volví á tomar la escopeta, y cerrando los ojos, di fin á su agonía con el segundo tiro.

Arrojé entonces la escopeta lejos de mí, y confieso que me eché á llorar. Mi perro parecía también enternecido, pues en lugar de olfatear la sangre y morder el hocico del cadáver, se echó tristemente á mi lado; los dos quedamos en un profundo silencio, como en el duelo de la muerte.

Era el mediodía, y esperé que el viejo pastor que



Sra. Juana de la Garza de Pliego

DE MÉXICO

(Fotografía Valletto)

conducía los carneros al establo durante las horas del calor, volviere por la linde del bosque para encargarle que llevase el corzo á la casa. Mientras tanto saqué del bolsillo el libro inglés, que contiene esos restos de los poemas épicos de la India, y procuré distraerme con su lectura. ¡Vano esfuerzo! Lo abrí por una página en donde se leían las maravillosas alegorías de la poesía sagrada de los indios, infiltrada en sus dogmas de caridad universal.

Enseñándonos el amor y el respeto que debe tener el hombre á todo lo que está dotado de vida y de sensación, se apercibe en ellos la caridad del mismo Dios por su creación animada é inanimada.

El poeta refiere la ascensión al cielo de un héroe pasando por todas las pruebas de la vida, en la penosa escala del monte Himalaya. A medida que el camino va siendo más pesado, más escabroso y glacial, va siendo abandonado por los que más le amaban en la tierra, que le han seguido hasta allí, y al fin, sin compasión de sus infortunios se vuelven atrás y sucumben á sus pies en los picos de hielo y nieve de la subida.

Parientes, amigos y hasta su misma esposa se cansan de este sacrificio y de sus esfuerzos para dominar el cansancio. Sólo un perro, más fiel y más inseparable de él que el amor y la amistad, sigue, jadeando las huellas de su amo para morir á su lado ó para triunfar con él.

El héroe llega al fin á las puertas del cielo, que se abren para él, pero que se cierran para el animal. Entonces el hombre, poseído de una justicia divina y de una abnegación que llega hasta el sacrificio de sí mismo, se niega á entrar en la mansión de la felicidad divina si no se concede la misma gracia al perro, compañero en sus fatigas y merecimientos.

Los dioses enternecidos por tanto sacrificio y tanta generosidad, permiten la entrada del animal con el

hombre, y las puertas vuelven á cerrarse tras de ellos. He anotado este fragmento de caridad universal y lo consignaré en los archivos de bellezas del entendimiento humano.

Esta lectura me hizo comprender y apreciar aún más que en la de los dogmas religiosos de la India, la verdad, la santidad y la belleza de aquella doctrina, que prohíbe á los hombres no tan sólo matar á los animales sin una absoluta necesidad, sino aún despreciarlos, porque son nuestros compañeros y nuestros huéspedes en la tierra y debemos responder de ellos ante nuestro Padre común: porque les somos superiores en la inteligencia y en la fuerza de que nos valemos para dominarlos.

Admiro y adoro esa confraternidad universal entre todos los seres, entre todo lo que respira, entre todo lo que siente y entre todo lo que se ama aquí abajo, según la medida de su inteligencia y de su posición respectiva. Concluyo, pues, que el poeta indio era el verdadero sabio, y yo el bárbaro é ignorante, en medio de una civilización que tan atrasada se encuentra en el camino del amor ó más bien que aún no ha llegado á comprenderlo. Espero, sin embargo, que el hombre de Occidente llegará un día á su término.

Renuncié para siempre al placer tentador de la caza; al despotismo cruel del hombre en cortar la vida sin piedad, sin necesidad y sin derecho á unos seres á quienes no puede volverle la espalda; juré no quitar jamás, por solo un capricho, ni una hora de sol á esos pobres habitantes de los bosques, ó á esos pájaros del cielo que saborean como nosotros la corta alegría de la luz, y el instinto más ó menos vago de su existencia.

Pertenece á Dios, dijo. Dios me ha hecho su amigo y no su tirano. La vida á cualquiera que pertenezca, es demasiado santa para hacer de ella un juguete, un pasatiempo que nuestra incompleta civilización nos consiente hacer impunemente autorizándolo las leyes; pero el Criador no lo consentirá así en presencia de su justicia.

Desde aquel día no he vuelto más á cazar: el libro cimentando tan patéticamente la Naturaleza me convenció de mi crimen. La indi: me reveló la caridad

en el corazón humano hasta en su más lata extensión. ALFONSO DE LAMARTINE.

EN EL PALENQUE

Empiezo apenas á subir la cumbre En donde irradia sempiterno el Arte, Quiero forjar estrofas en su lumbré Y en la cima clavar el estandarte.

Quiero llegar al fin que me propongo Aunque el destino por doquier me abrume: No ambiciono arrastrarme como el hongo, Sino altivo subir como el perfume.

El hombre que no lucha se afemina; Yo busco los palenques, no el serrallo, Quiero caer así, como la encina, A los golpes titánicos del rayo.

Y aunque mi frente al combatir se parta Anhelo ser condor, nunca paloma; Quiero cantos de guerra como Esparta, No cantares lascivos cual Sodoma.

Empiezo á batallar; entro á la lidia Y en ella tengo que perder la calma. ¡Porque sé que los buitres de la envidia Se alimentan con trizas de nuestra alma!

También sé que en la vida transitoria Es rudo el combatir y amargo el fruto, Que se alza la traición ante la gloria Como ante César se levanta Bruto.

¡Qué me importa que si baya turbulenta La sorda tempestad!..... ¡No busco albergue Cuando ruje más recio la tormenta Sobre los riscos el condor se yergue.

En una tabla llegaré á la orilla Entre los tumbos de la mar rugiente: Cuando en el alma la entereza brilla Se sube al cielo sin doblar la frente.

G. ARTALEJO DEL AVELLANO.



El anillo maldito

Escapándose de la cámara mortuoria los gemidos del anciano, lúgubres, desesperados, quejumbrosos, se arrastraban a lo largo de los corredores, repercutían bajo las bóvedas sombrías y llenaban de espanto el castillo.

Nunca esposa ni favorita fué más amargamente llorada que aquella espantosa Rahil, por aquel tigre á quien llamaban el bey Hassan.

Inmóviles, con un dedo sobre los labios, los oficiales y los servidores repartidos en los diversos compartimentos, temblaban oyendo esos alaridos furiosos, como tiemblan las niñas medrosas cuando escuchan el retumbar siniestro de los rayos: temblaban, pero sus ojos permanecían secos, porque á excepción del bey que yacía inanimado en el gran salón principal del Harem, la muerta no había sido amada por nadie.

En voz baja, con palabras entrecortadas, secreteándose aquí y allá los palaciegos, hacían recuerdos de la extraña fortuna de esta favorita, poder misterioso del cual ninguno conocía el secreto.

Una mañana, una gitana venida de no se sabe dónde, vestida de harapos pero con la cabeza erguida, arrojando llamas de orgullo de sus ojos negros como los abismos infernales, se presentó á las puertas del palacio solicitando hablar con el bey.

Rechazada, repulsada, golpeada por los guardias, cómo consiguió introducirse? No bien hubo fijado sus ojos el bey en la extraña viajera, se sintió presa de un inmenso amor por ella.

Todos los oficiales recibieron orden de obedecer á esta desconocida, que se apoderó desde luego del tesoro público, y todas las mujeres del Harem fueron despedidas ó repudiadas. Durante cuatro años, Rahil fué la verdadera soberana del país bizantino.

Pero reinó mal. Fantástica y pródiga de sangre humana, ni una buena acción había rescatado sus crímenes. Los habitantes de las aldeas, los ciudadanos y los soldados, los pequeños y los grandes, todos la maldecían por igual.

Más de una vez había ultrajado al bey mismo delante de toda su corte, y con la cabeza baja y en silencio, el anciano sufría esos ultrajes, y era un espectáculo que indignaba el de este Pachá todo poderoso, terror de la Ifrikia, humillado delante de esta misera-

ble bohemia, como se humilla una fiera domesticada ante la varilla candente del domador.

II.

Indiferente al duelo del amo, y al espanto del palacio, presa de otras angustias, apoyada contra una ventana y con la frente unida á la reja, la joven esclava Nauma hundía sus miradas afligidas en un patio interior ya invadido por la sombra, donde se distinguían obreros que cumplían una tarea siniestra: levantar un cadalso.

En un ángulo, á la luz de una linterna, se distinguía apenas á tres hombres encadenados, marinos de Argel capturados algunos días antes, y que deberían ser ahorcados á la próxima salida del sol.

Al través de un velo de lágrimas, los ojos de la esclava contemplaban á uno de esos prisioneros, joven, de fisonomía inteligente y altiva.

Desde que al desembarcar los corsarios lo vió por primera vez, su corazón se conmovió profundamente. Era de su tribu, un amigo de sus primeros años, el más querido..... ¡Cuán felices habían sido en su país! Verdes montañas y playas de oro.....Reclinada en el flanco de una colina, una veintena de casas blancas; y abajo el inmenso mar azul donde las mujeres veían errar á lo lejos las barcas pescadoras en que iban sus maridos. Por las tardes, á la hora del regreso, se descendía á la playa, los niños retozando en torno de sus madres. Una vez que Nauma se alejó para formar un ramillete de flores silvestres, los piratas bizantinos que estaban ocultos detrás de las rocas se apoderaron de ella y se la llevaron en su jabeque y desde entonces fué esclava.

Y ahora, pasados muchos años, he aquí que vuelve á ver al compañero de su infancia, al tabb Said prisionero y condenado á morir.

La esclava combinó desde luego un plan de evasión y comenzó á llevarlo á la práctica con rara fortuna. Robó la llave de una puerta que daba sobre el lago, se procuró una canoa, y todo listo ya, la fuga debía efectuarse esa misma noche, cuando una orden inesperada vino á detener toda tentativa. Por un refinamiento de barbarie, el bey decidió que los prisioneros serían extraídos de sus calabozos y conducidos á pasar la noche en el patio para que presenciaran la erección de su cadalso.

III

Nauma lloraba.

¿Qué medio de salvación podría imaginarse? Su cabeza trabajaba reflexionando desesperadamente. Dirigirse al bey? Pedirle misericordia? Solo un sér habría tenido poder sobre ese déspota sombrío: la favorita, que acababa de morir.

Y por qué esta gitana sin belleza y sin amor había conquistado tal influencia?

Encaprichado en este problema, el espíritu enfermo de la joven mariposeaba al través de mil recuerdos y vino á su memoria el hecho siguiente:

Un día Rahil se puso como loca por haber perdido un anillo khal-khal (anillo para el pie) y se buscó el anillo por todas partes y gritaba que se lo habían robado y mandó dar tormento, é hizo quemar vivas á varias de sus esclavas; y durante todo el tiempo que el anillo duró extraviado, se uegó á recibir á Hassan.

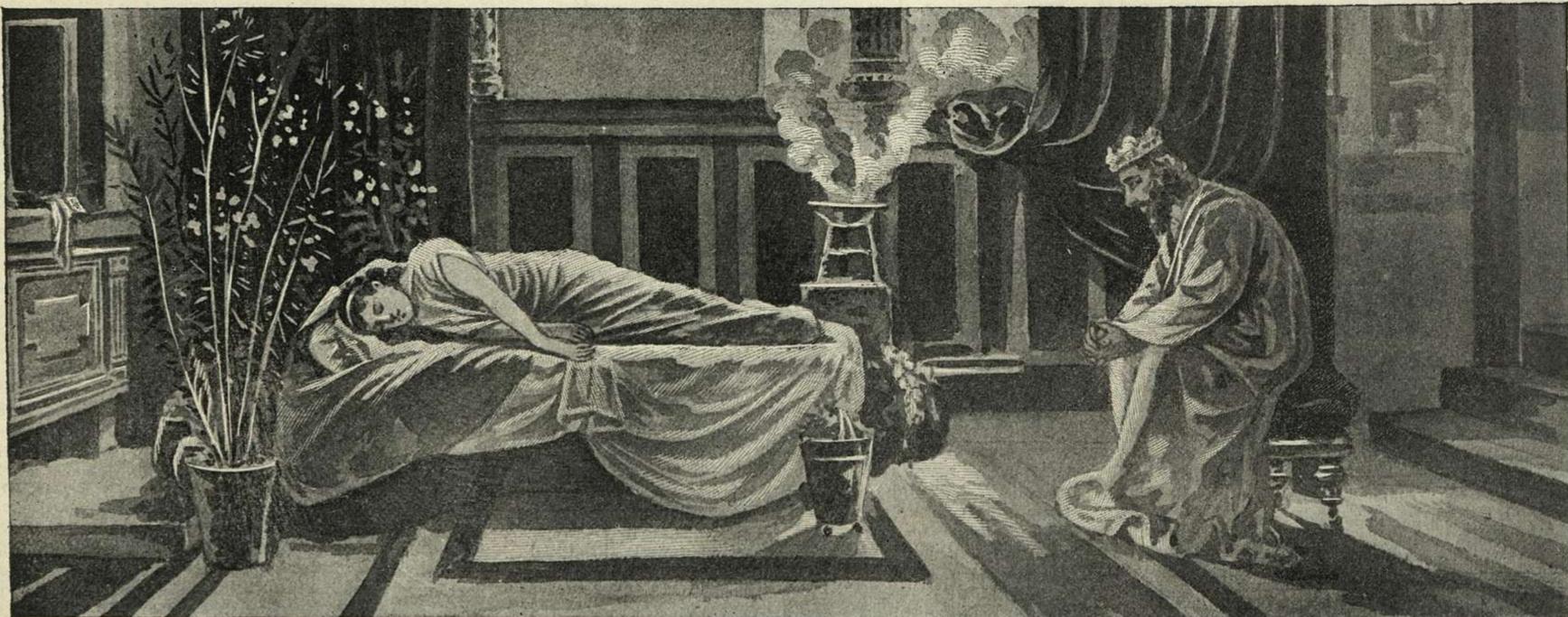
Por casualidad Nauma encontró el khal-khal en una avenida del jardín. Un anillo todo unido de metal negro y de apariencia tan vulgar, que la esclava vaciló antes de creer que fuera el de la favorita y se lo llevó con temor. Pero tan luego como esta lo vió se arrojó sobre él haciendo inexplicables demostraciones de regocijo.

La cabeza abatida de Nauma se irguió lentamente al influjo de un pensamiento extraño. Meditó algunos instantes, sus ojos chispearon y se puso en pié con actitud resuelta. Después escuchó con atención: los gemidos del bey habían cesado y en ese momento todos parecían dormir.

Nauma con los piés desnudos se deslizó por los sombríos corredores, se detuvo delante de una puerta que abrió con precaución, levantó una pesada cortina y penetró en una cámara suntuosamente amueblada en medio de la cual estaba en un lecho blanco el cadáver de la favorita iluminado por una lámpara que pendía de la bóveda. Cerca del lecho en un ancho sillón y abrumado por la fatiga y el dolor, el bey dormía.

Con mano firme la joven levantó el paño mortuario y descubrió las piernas de la muerta. En el pie derecho, en la sombra, un anillo negro brillaba con una luz fosforescente. Nauma sin temblar tomó el anillo y lo pasó á su pié, pero apenas acababa de hacerlo cuando lanzó un grito de espanto. Hassan se había arrojado sobre ella con un puñal en la mano.

—Desgraciada. ¿Qué veniste á hacer?



La joven vió llegada su última hora, y permaneció inmóvil, helada, sin pronunciar una palabra.

Los ojos de Hassan relampaguearon bajo la nieve de sus pestañas. Iba á herir pero su brazo cayó inerte.

—¿Estoy soñando? murmuró.

Y sintió que su cólera se desvanecía.

Nauma atenta le observaba y recobraba el valor.

—Vine, dijo, para ver por última vez á mi buena ama, á quien tanto amábamos todos.

—Buena? dijo el bey. No, no era buena ni digna de ser amada y agregó con voz amorosa: ni menos de ser amada por tí.

Nauma dió algunos pasos hacia la puerta.

—Quédate gritó el bey, y con una agitación creciente se oprimía las sienes con las manos. Quédate, deja niña que te contemple yo todavía. Tu presencia es como un rocío divino para mi pobre alma sedienta. Tu presencia es el cielo que se entreabre.

—Señor, ¿puede usted hablar así junto á esa muerta?

—Dices bien. Ve á dormir, es la última noche que dormirás esclava.

—No he comprendido bien todas las palabras de mi señor, pero si ellas indican alguna benevolencia, me atrevería á pedir una gracia para esta noche.

—Habla.

—Bajo mi ventana en el patio, hay un ruido espantoso de sierras y de martillos que no me deja dormir y hay hombres encadenados cuyas figuras espantosas me causan pesadillas. Deseo que cesen esos ruidos y que se retiren esos hombres.

—Pides poco, le dijo el bey sonriendo, y dió el orden de interrumpir los trabajos y de relegar á los prisioneros á sus calabozos.

IV.

En el lago sombrío, bajo el cielo tenebroso, como entre dos placas de mármol negro, la barca se deslizaba rápida y los tres evadidos remaban vigorosamente y sin ruido. Sentada á la popa, Nauma gobernaba el timón. ¿Escaparian? La ribera no está lejos la noche los protege. ¿Durará lo suficiente esta protección? En el horizonte aparece una luz inquietante. Es la luna que se levanta, una luna pálida que por fortuna está cubierta de nubes. Sin embargo, de tiempo en tiempo se filtra algún rayo, y entonces el lago se ilumina y la barca se hace visible y los fugitivos ven alzarse y como correr á perseguirlos el fantasma blanco del castillo con sus torres almenadas y con sus ventanas negras que parecen ojos amenazadores.

Ay! fué sorprendida su evasión! Hassan que había llamado en vano al sueño, salió á la terraza y vió partir la barca. Sus ojos apenas pudieron distinguir á Nauma, pero su ríbia la reconoció. Todo el palacio se puso en conmoción y los alaridos de furor del bey llegaron hasta los fugitivos que vieron al fin desple-



garse una vela, salir una embarcación y lanzarse en pos de ellos. En la proa se hallaba un hombre de elevada estatura: era el bey que había querido dirigir por sí mismo la persecución. Doblados sobre los remos, los evadidos hacen volar su esquife, pero la vela les gana barlovento visiblemente. De tiempo en tiempo vuelve la oscuridad y la persecución se borra. Luego el viento cambia de dirección y los perseguidores se ven obligados á bordear. Parecía un cuervo describiendo círculos en torno de la presa. No bastando esto, se arrió la vela y seis robustos remeros la reemplazaron.

El bey dió sus órdenes á un arquero y en el acto uno de los compañeros de Said cayó atravesado por una flecha. Nauma, intrépida, tomó el remo en su lu-

tigo nido de su amor y su felicidad.

El bey también fué feliz. Aquel anillo maldito, forjado en la fragua de los dioses para que quien lo tuviera en su poder esclavizara y volviera crueles y sanguinarios á los monarcas de Ifrikia, aquel talismán de la desgracia y de la muerte, yacía en el fondo del lago.

Muchos de los que por la indiscreción de los remeros y atando cabos descubrieron el misterio del anillo, se sumergieron en el lago para apoderarse de él; pero sucedió que todos se ahogaron y así quedó libre de ese peligro el gran Hassan, lo mismo que su gloriosa dinastía que sigue reinando hasta los tiempos actuales.

ALBERT FERME.

gar. Otra flecha inutilizó al segundo remero y sin embargo la barca siguió en su obstinada fuga. El arquero cesó de tirar porque el bey quería cojer vivos á Nauma y á su amigo. La joven se hirió en una mano y su sangre empezó á correr. Desesperado Said soltó los remos y arrojándose ante Nauma:

—Ya solo nos quedan unos minutos de vida, le dijo: Te amo, bésame antes de morir.

—Yo no besaré más que á un valiente, replicó Nauma conmovida. Toma el remo, Said, reanima tus brazos y tu corazón.

Said obedeció, pero ya no había esperanza. Las dos embarcaciones estaban tan cerca, que se oían las maldiciones y las amenazas del bey.

De improviso la joven se pone en pié como inspirada, con los ojos serenos y los labios rientes. Se había afeitado el anillo misterioso, lo mostró á Hassan y lo arrojó en seguida al lago.

El bey seguía inmóvil en la proa de su falua, pero su fisonomía cambiaba á medida que se acercaba al sitio en donde desapareció el anillo. Ya no veía á los fugitivos, sino que sus miradas se fijaron con expresión de arrobamiento.

—Deteneos! gritó á los remeros.

La aurora abría lentamente su abanico de nacar y plata! En la superficie de las aguas y en el espacio infinito todo estaba silencioso, sereno, dulce. El anciano parecía haber olvidado su venganza.

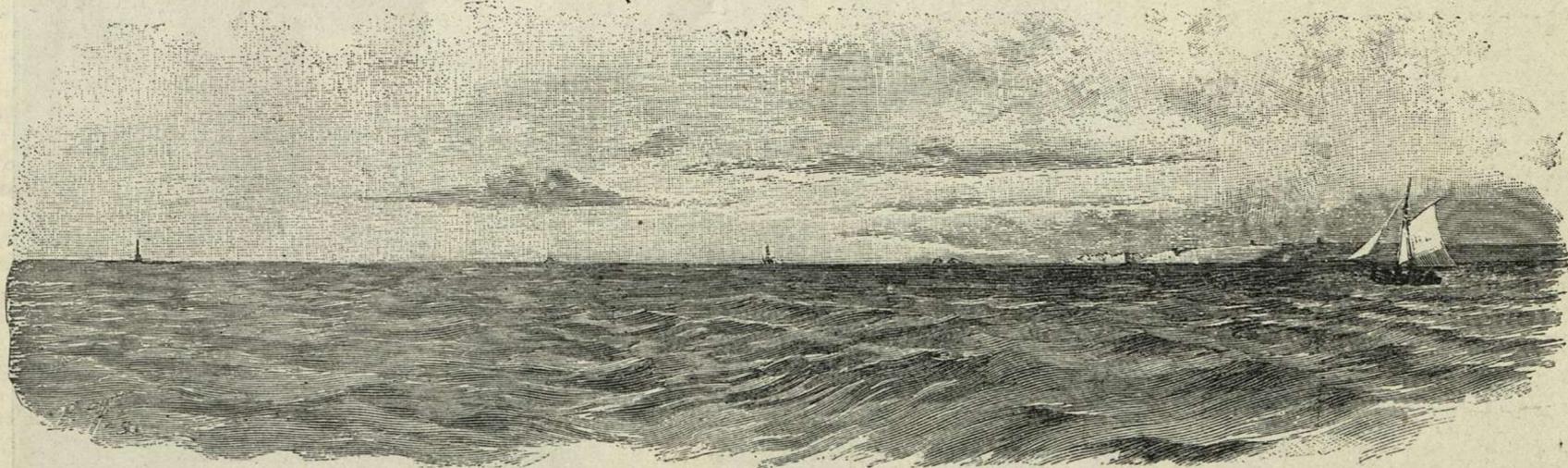
El Oriente comienza á irisarse; la vida despierta con la luz; á lo lejos van saliendo de la sombra los campos, las selvas y las aldeas.

—Señor, los fugitivos llegan ya á la ribera, van á escapar.

—Tanto mejor, dijo el bey. Esa niña ha desdeñado mi barba gris y mi fea y arrugada catadura. Tiene razón. Y luego añadió:

—Hijos míos, ya no temais al viejo Hassan. ¡Amaos y sed felices!

Said y Nauma desembarcaron... la brisa les llevó las palabras del bey; pero desconfiados, todavía siguieron huyendo, hasta que llegaron al antiguo nido de su amor y su felicidad.





Julietta y Romeo.

LOS MAS FUERTES

POR GEORGES CLEMENCEAU—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Número 9.



Con un paso de modesta seguridad, la joven atravesó el salón sonriendo vagamente á la admiración general, y por todas partes había ojos que la veían con placer malicioso, mezclado de respeto asustadizo. Melania sin cuidarse de nada, avanzaba dando discretamente los buenos días que le eran discretamente contestados por bocas sonrientes y afectuosas.

Un traje talar muy sencillo y elegante revelaba su gusto exquisito. La señorita Julieta muy pálida avanzó en su categoría de mensajera del maestro, interiormente reconocida á su antigua subordinada de haber anticipado el suceso.

Julieta con su discurso preparado de antemano, no estaba más que á tres pasos de Melania que le sonreía con todo su candor, cuando un ligero movimiento de la recién venida descubrió al príncipe de Luques que la acompañaba. Julieta quedó clavada en el sitio y antes que hubiera vuelto de su sorpresa, el príncipe, que no era de los hombres que se quedan á la mitad del camino, le hizo un saludo protector y pasó noblemente con su compañera al salón llamado de la Psiquis blanca.

—Diga usted al señor Morgan, que lo esperamos, dijo Melania negligentemente.

Entretanto Julieta se preceptó al despacho de Morgan.

—Señor, Melania está allí.

—Y bien, no la ha despedido usted?

—Viene con ella el príncipe de Luques.

—El príncipe? preguntó el otro asombrado; lo ha visto usted?

—Sí, y lo están esperando á usted.

Morgan midió de un golpe la situación y tomando su resolución, contestó:

—Allá voy.

El príncipe era uno de los más famosos gentiles-hombres de Francia.

La entrevista fué digna de una y otra parte y Melania no abusó de su triunfo. Melania con talento de conocedora encargó varios trajes y estaba terminando de dar sus órdenes á Julieta, cuando anunciaron la llegada de la vizcondesa de Fourchamps y de la señorita Harlé.

En cuanto la vió la señorita Julieta corrió á decirle:

—Ay señora vizcondesa! Si viera usted lo que nos pasa? Y sin dejar á la noble cliente tiempo de preguntarle, le refirió de un tñrón el acontecimiento.

—Admirable! exclamó la señora de Fourchamps. Y se la puede ver?

—Sí, cuando salgan.

—Mis felicitaciones, señor Morgan, el fin de vuestra mascota no le hace á usted menos honor que su principio.

—Esto es enteramente parisiense, dijo Morgan con satisfacción.

—Si parece que lo hizo usted á propósito.

—Pues se hizo solo.

Comenzó la prueba que fué un martirio. Claudia heroicamente contraída en las actitudes más incómodas, se dejaba palpar tirar comprimir, mover como autómeta siguiendo las indicaciones del momento y siempre la pregunta: ¿está bien? y siempre la respuesta: todavía no.

Cumpliendo estrictamente sus deberes, la vizcondesa vigilaba la puerta y cuando oyó al fin pasos lijeros seguidos de otros vigorosos, levantó la cortina y se colocó en el lugar conveniente, Melania pasó favoreciendo con su más inocente sonrisa á la vizcondesa, y el príncipe altivamente distraído no se fijaba en nada. Claudia había recibido su parte de la sonrisa dirigida á la señora Fourchamps.

—Bueno, dijo Claudia, nada de extraordinario veo en ella, me parece inteligente y eso es todo lo que puedo decir.

Mi padrino quedaría contento de su traje que es más sencillo que el mío y más discreto.

—Querida mía, dijo la vizcondesa. Melania da una prueba de tacto procurando compensar la extravagancia de su conducta con la simplicidad de su traje, pero usted no tiene nada que disimular y puede sin inconveniente exaltar la curiosidad y la fantasía.

—Eso es lo que mi padrino condena con el nombre de trajes provocativos, y dice que solamente las damas como Melania procuran llamar la atención de ese modo.

—Puede ser. En todo caso ahora no es esa la moda. Deje usted hablar á los viejos como viejos, y usted amiga mía, sea joven.

—Es que mi padrino va á venir justamente para.....

—¿Para vestir á usted de monja? Pero usted no lo consentirá.

—No quisiera disgustarlo.

—Y tiene usted razón; pero es bueno tener presente que esos no son más que temas de conversación para él. Es uno de tantos modos de lamentar la perdida juventud. Se desolará de ser obedecido, y reclamará á son de fanfarria, pero cuando venga le diremos que se retardó y que ya los vestidos están en el taller. El reconocimiento de las cajas de M. Deschars nos proporcionará la diversión necesaria.

—Si pero cuando vea....

—Es muy sencillo. Se le dice: Padrino, ya ve usted cuán sumisa soy. He hecho cuanto pude para no lastimar la estética del imperio. Reirá creyendo que le sacrificó usted mucho, y pasará por todo lo demás. ¿Quiere usted estar bella?

—Tanto como sea posible.

—Pues bien, la belleza es una cosa enteramente convencional que cambia con los tiempos y los lugares. Deschars le dirá á usted como una india no es bella sino á condición de llevar un anillo de plata en la nariz. ¿Por qué nuestras fantasías de artistas habian de ser menos respetables? Que se nos deje encantar las miradas de nuestros contemporáneos y entrar por los ojos á los corazones. Julieta que había salido, regresó con Puymaufroy.

—Querido marqués, exclamó la señora Fourchamps, ó llegó usted con retardo, ó nosotras venimos con anticipación, pero el resultado es el mismo, pues Claudia no podía estarse con los brazos al aire y yo le prometí contentar á usted si se disgustaba. Soy yo pues quien necesita perdón, aunque por otra parte hemos disminuido mucho nuestras extravagancias por complacer á usted.

Claudia no dijo una palabra.

—Señora, contestó el marqués, así ha sido mejor, porque yo habría dicho sin duda grandes tonterías y aún temo que mi crítica hubiera sido la de un salvaje.

—No conozco más crítica que la de la prueba. Un adorno debe agradar. ¿Qué son nuestros adornos más que una concesión á la veleidat del corazón masculino que no se contenta con solo la belleza moral?

—Entonces por qué arreglar tan laboriosamente trajes y tocados que un hombre es incapaz de analizar? Soy uno de los más ardientes admiradores de usted y sin embargo no sabría decir como estaba usted vestida ayer.

—Por eso las críticas de usted carecen de valor. Nosotras nos engalanamos para las mujeres, ya lo he dicho, y sin embargo á despecho de la falta de firmeza de la mirada varonil, el hombre sabe muy bien si le agradamos ó no. ¿Qué importa que ustedes no sepan por qué; si nosotras lo sabemos?

—No le había yo advertido á usted que iba á decir tonterías?

—El objeto del arte se les escapa á todos los hombres.

—Creo que me concederá usted que la vida pasada delante de un espejo exajera la personalidad y la deforma, por un falso punto de vista, y quisiera yo salvar á Claudia de esa enfermedad.

—¿Y está usted seguro de que los hombres no se componen tan ingeniosamente como nosotras? Diferencia de modo de vestir: eso es todo.

Entre tanto Julieta enseñaba corpiños; hacía desfilar los maniqués, que evolucionaban con graciosa lentitud para colocarse finalmente cara á cara ó de perfil ante los ojos del marqués, con cándido impudor. La señora Fourchamps daba sus opiniones y Claudia escuchaba atenta para tomar de los modelos que pasaban, detalles para conservar en su memoria.

Terminado este trabajo, se convino en que se dejara obrar á la meditación, y que de allí á dos días se volvería á conversar. Antes de levantar la sesión fué necesario admirar el traje *Bola de nieve* y Deschars que acababa de llegar fué admitido á este favor. Cuando se presentó el maniqué, una joven rubia de facciones puras con una sonrisa cándida que hacía lucir dientes de perlas bajo la púrpura de los labios, hubo un grito de admiración. Gasas de cristalaciones sedosas sobre campo de escarchas sembradas de agujas de hielo, y luego celajes de leves plumas blancas de donde emergía el triunfo de la carne, *Una flor en una visión de ráfaga*, decía Morgan.

La vizcondesa hizo aproximarse á la joven; y manipulándola como una cosa inerte, con maniifiesto placer de despreciar su belleza, explicó á lo vivo las modificaciones nacidas de su propio genio.

—Esto me parecía un poco confuso, decía ella. El tema debía llevar más unidad y para eso hice desplegar este volante. Vuélvase usted, señorita. Pero mi idea principal fué la cascada que viene desde la espalda hasta la orla de la cola.

Es necesario verla, pues esto no puede dar una completa idea.

Puymaufroy convino en que la bola de nieve era una obra maestra, y Claudia recojió la palabra como una confesión de derrota. Decididamente no había nada superior á la vizcondesa.

Deschars vino á anunciar que la apertura de la caja se había terminado ya en el salón de la Psiquis blanca, y Claudia corrió seguida de todos.

Verdaderamente era una fiesta para los ojos. Se-

das bordadas de un trabajo tan precioso que asombraba, gasas que parecían llamaradas de luz, ráfagas de incendio rayadas de estrías sangrientas, ó ahogándose en opacamientos esfumados, radiaciones de hojas metálicas, centelleos de oro y de plata, facetas de pedrería, flores de ensueño, púrpura fundida, celajes de primavera en campos de azur, una magia! Claudia, estupefacta, veía con la boca abierta.

—Pero esto es una locura, dijo, cómo ha encontrado usted ese tesoro?

—Pensando mucho en usted, respondió Mauricio. No hay mérito en la elección de los colores. Todos son así en el país del sol.

—Pero entre nuestra neblina no se puede encontrar nada más bello. No sé ni qué decir. Es preciso que sea usted un amigo de la infancia para que papá me permita aceptar.

—Esas cosas señorita, no tienen más valor que el que les da la paciencia de haberlas estado reuniendo aquí y allí, donde se encontraban.

—No puedo estar más reconocida. Y usted padrino, qué dice?

—Qué estoy desvanecido y descontento de Mauricio, que te mal acostumbra.

—La señora Fourchamps fascinada por esta explosión de colores, exclamó:

—Señor viajero, debo felicitar á usted sin reservas.

Después, agregó como para terminar su elogio:

—El exotismo tiene en su favor la impresión del primer momento, la sorpresa de la imaginación. Me ha deslumbrado usted.

Cada pieza fué pasada en revista, examinada, admirada, sin que se cansaran de ver. Los ojos brillantes de Claudia, su admiración, sus exclamaciones de alegría, eran para el joven la más hermosa recompensa.

Morgan invitado á dar su opinión, pronunció un discurso técnico y explicó cómo la estética del Norte exige de la mujer inmóvil que exhiba en ciertas ocasiones los brazos y la garganta, en tanto que el Oriente soñador, goza con verla agitarse entre nubes de gasas estrelladas.

—En todo caso, añadió, nuestras telas quieren la tranquilidad de la línea, en tanto que las del país de la luz no se revelan sino en la agitación rítmica de las danzas.

Y el modisto hizo revolotear al aire las telas indianas, que arrojaron desde luego destellos de sol serpenteando entre una explosión de chispas.

—Ahora, dijo la vizcondesa, lo que se trata de averiguar es qué partido se puede sacar de esas riquezas, porque no se ha de vestir una de bayadera para ir al bosque de Boloña.

—Conviene la decoración de salones, agregó Morgan, los bailes de fantasía, los cuadros vivos.

—Los cuadros vivos! exclamó Claudia, he ahí la idea. Y como usted señora siempre está lista para volar al socorro de los desgraciados, organizará algo ¿verdad? Nunca se habrá visto nada semejante. Deslumbraremos al mundo y haremos el bien. Eso le pondrá á usted muy contento ¿no es así, padrino?

El padrino tenía un contento mudo.

—Señora vizcondesa, vino á decir una dependienta, la señora de Peyrouard está en el salón inmediato y pregunta si la puede venir á saludar á usted.

—Cómo! ahí está Luisa? Digale usted que venga. ¿Quiere usted señor Deschars hacer á mi amiga los honores de la India?

Mauricio se inclinó en señal de asentimiento.

La señora Peyrouard, era hermana del pequeño Montperrier, diputado ministerial cuya elocuencia había por dos veces fulminado á la oposición, que sin embargo siempre renacía de sus cenizas.

El padre de este joven había hecho una carrera política casual volviéndose republicano de ocasión, hasta elevarse á la Corte de Casación. Su hija Luisa educada en el Sagrado Corazón y provista de una dote regular, casó con un gentil hombre arruinado, que vegetaba en las últimas filas de la administración. La protección del suegro le ascendió rápidamente á Inspector general. Era un hombre amable y dulce que pasaba concienzudamente su vida despachando su oficina según las reglas administrativas, con la convicción de que así prestaba eminentes servicios á la nación.

Su mujer no bella pero fresca y viva, había nacido para la intriga y tenía por todas partes algún hilo que se divertía en tirar ó romper según la ocasión. Conocía todas las necesidades, los apetitos, las debilidades de todos, y se convertía en

instigadora cuando era preciso y era implacable cuando se la detenía en sus designios. Por sus amistades del Sagrado Corazón, por la vizcondesa, y aun por los Peyrouard, Luisa que había estado proscrita del barrio de la nobleza, acabó por hacerse aceptar en todos los salones.

Para la señora Peyrouard la carta principal de su juego era su hermano Etienne joven diputado de gran porvenir á quien nadie le escaseaba las alabanzas. Aunque era dos años mayor que ella, lo había ayudado poderosamente con sus consejos á la hora crítica de las luchas parlamentarias y era su amiga más fiel, su inspiradora más feliz y su auxiliarmás fecunda en recursos.

A ejemplo de su padre, Etienne Montperrier era de los «proscritos de Diciembre» y amorosamente modelado por su madre y salido de un almacén de novedades de Saint Ireix con aspiraciones de grandeza, el joven, dotado de ricas facultades de memoria y de imitación, se proveyó pronto el intelecto con lo que forma los éxitos; y bajo la alta dirección de su padre coronó esta ciencia con la mecánica de la palabra. Su aptitud para componerse, para conservar actitudes correctas, su arte de plegarse á todo lo utilizable, sus felices disposiciones para agradar, y su aplicación dedicada á procurar el elogio de las medianías, hacían la admiración de todos. Era incomparable en frivolidades y en conocimientos menudos, y nadie bailaba ni dirigía un cotillon mejor que él.

—Asegúrate á las mujeres; no cesaba de decirle su hermana.

Lo hizo como se le decía y conquistó á fuerza de paciencia numerosos sufragios. «Irá lejos», se decía, y nada vale tanto como esta sencilla palabra para instalar á un hombre en el favor universal.

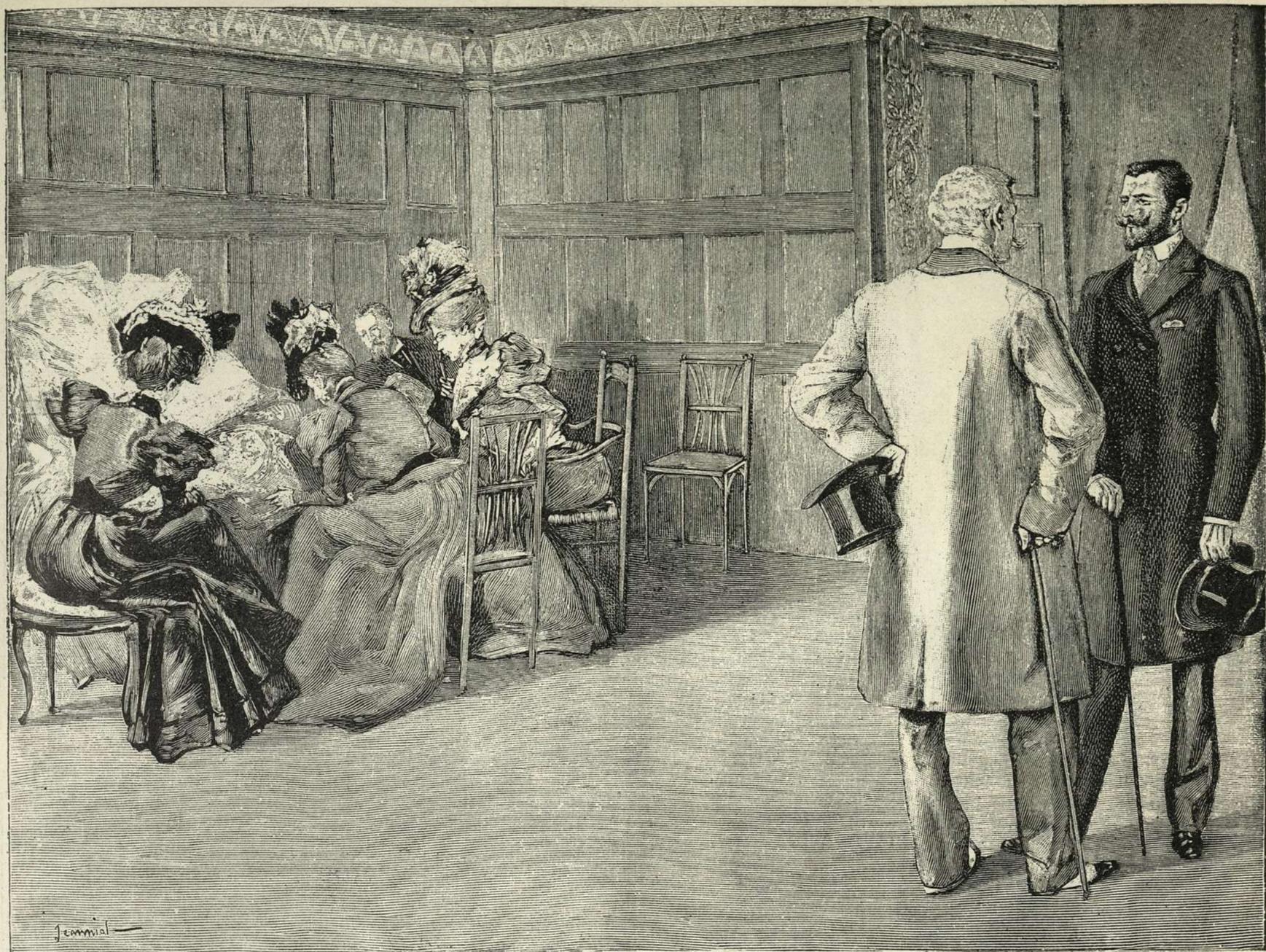
Su padre muy prudente, le procuró iniciaciones modestas. Un día que el ministro tenía necesidad de su voto, se lo cambió por una Sub Prefectura y el debutante partió para el destino, donde, bajo la prudente vigilancia de su madre, meditó á su antojo sobre Toqueville y Duvergier de Haurannes sin descuidar á sus administrados. Y los cuidó tan bien, que á los cuatro años el diputado de la circunscripción era escandalosamente impopular, y no había más candidato posible que el mismo Etienne de Montperrier.

Decir que Montperrier fué diputado, no es decir nada: fué el diputado por excelencia, el dispensador autorizado de los favores gubernamentales, el que concedía las cintas multicolores, las funciones de todos los grados, los galones de todos los empleos, y era por eso el amo de todos, potentado de un feudalismo de aldea, y primer esclavo de su tiranía. En la Cámara recitó gallardamente algunos trozos que le compuso su padre, y terminó por fabricar él mismo, y de modo conveniente, los productos de su elocuencia. Periodistas independientes, cuidadosos de su propio porvenir, y que desean acompañarse de glorias acomodaticias, le consagraron brillantes artículos diatribicos de los cuales se reían á sus solas cínicamente, pero que corrían por el mundo como carta de abono.

Así el orador de la juventud se encontró considerado como el modelo de los discretos pensadores que no gustan del exceso de la expresión ó del colorido. «El Bouguereau de la tribuna», decía la señora Fourchamps como elogio superlativo. La bella presencia del prematuro hombre de Estado, su elegancia estudiada, sus ojos de un azul profundo y su barba negra recortada en punta, hacían estragos segun la voz pública. Casi mediano en todo, tenía una provisión de inferioridades, una curiosa cantidad de artificios, y era bueno hasta donde lo detenía el interés, sincero hasta el momento en que debía empezar á obrar y atrevido hasta el límite exclusivo de la valentía. Constituía el más envidiable principio que puede darse, el principio de una cosa inútil é infecunda, pero digna de atención como la muestra más preciosa del conjunto de todo lo que no es verdad.

Sin las luchas que amargaron la juventud de Montperrier padre, el diputado había desde luego hallado camino abierto, se había colocado al servicio de los más fuertes y animado por su éxito, hasta hablaba de poner condiciones cuando se le indicaba la posibilidad de llegar á Ministro. Por otra parte, sabiendo que la realidad supera á las más bellas esperanzas, pretendía antes de llegar á la cumbre de su carrera política, hacer el «gran casamiento» á que le llamaba su destino.

Su hermana tenía á este respecto largas conversaciones con la vizcondesa, quien se encargó



de negociar á Montperrier al más alto precio en el mercado conyugal. Diversas combinaciones se discutieron y rechazaron sin que jamás Etienne hubiera tenido el mal gusto de contrariar las miras de sus protectoras.

Se intentó un esfuerzo con Luciana Preban, pero pronto la vizcondesa adquirió la convicción de que estaba realmente enamorada del argelino mostachudo, y después de una consulta con el barón Oppert resolvió no insistir sobre el particular, sino inclinarse más bien, dadas las grandezas presentes y futuras de Harlé, á casarlo con Claudia lo cual era conveniente bajo todos los puntos de vista.

Muy político Etienne, supo caer con mucha gracia de lo alto de su sueño de ciento cincuenta millones.

La señora Fourchamps admiró mucho esta desenvoltura en un hombre que conocía su valor, y cuando regresó de Santa Radegunda, convino con la señora de Peyrouard en que se proporcionarían á los dos jóvenes frecuentes ocasiones de verse. El encuentro en la casa de Morgan no tenía nada que pudiera sorprender ni tampoco era extraordinario que Montperrier fuese acompañando á su hermana.

La viscondeza manifestó vivísimo placer presentando al marqués con el joven diputado, que de su parte dió señales de sentirse muy halagado por ese honor. Cambiados los primeros cumplimientos fué necesario volver á las maravillas de la India, y la señora de Peyrouard apoderándose de Claudia, quiso verlo todo y manejarlo todo, en tanto que Montperrier se dedicaba á ganarse las simpatías de Puymaufray.

—Yo sé señor marqués, que usted después de haber combatido noblemente por su fe y por su patria, vive retirado del mundo en sus tierras, en medio de los campesinos á quienes consagra usted su vida dando ejemplo hasta el fin, de amor al cumplimiento del deber.

—¿Estaremos dijo Puymaufray en tan tristes tiempos que se pueda uno vanagloriar como de un acto raro de haber defendido á su patria?

—He ahí una hermosa frase, pero nosotros no

comprendemos la cosa así. Nos corresponde alabar ya que á ustedes les tocó obrar.

—Obren ustedes también.

—Ay! todas las buenas intenciones parecen paralizadas; sería necesario para reanimarlas hacer entrar en acción una gran potencia de espíritu y de voluntad!

—¿Habrà quien pueda intentar la empresa?

—Debe procurarse.

—No ha llegado aún el día para mi generación, pero espero que llegará. ¿Cuándo, cómo, qué esfuerzos nos serán pedidos? Bajo todos los gobiernos hay condiciones de orden y de progreso que son las mismas. Usted las defendió con la espada y nosotros no tenemos más que la pluma para defenderlas contra los ataques que vienen de abajo....

—¿Y contra los que vienen de arriba?

—Señor de Montperrier, dijo la señora Fourchamps, no puedo tolerar que el señor de Puymaufray nos prive del placer de hacer á usted admirar las magnificencias de la India! Es usted de un gusto tan exquisito! Venga usted á ver lo que se puede hacer con un simple hilo de seda, y díganos lo que le parezca sobre el particular.

—Todo eso me parece muy bello, dijo Montperrier distraidamente, y luego volviéndose á Deschamps añadió:

—Debe usted, señor, haber hecho un viaje muy curioso. He visto en Inglaterra admirables telas que uno de mis amigos, el duque de Stemboif trajo de la India, y más tarde supe que Delhi las recibe de Manchester y de Manchesfield.

—Ninguno de ese grupo se equivocaría así, contestó tranquilamente Mauricio.

—Yo no me equivoco, dijo Claudia, presurosa. Tenemos la idea de organizar unos cuadros animados y cuento con usted señor Montperrier para que nos dé asuntos. El señor Deschamps que conoce la india como usted la comisión de presupuestos, va á reconstruirnos alguna escena de historia en que figuremos entre pavos reales, elefantes y tigres. Usted podía escoger un papel.

—Entre las fieras?

—No, sino como una divinidad tonante, con una

cabeza que irradie y con brazos muy largos, brazos por todas partes, como en política.

—Usted me halaga mucho, señorita: haría yo mejor un papel de esclavo á los pies de usted.

—No estaría usted bien, se lo aseguro.

—Morgan no le ha referido á usted la aventura de Melania? preguntó la señora de Peyrouard que no veía muy bien parado á su hermano.

—Ya lo creo! contestó la vizcondesa. Claudia y yo vimos con nuestros propios ojos pasar á la joven con el príncipe, y debo confesar que estaba muy bella. Sencilla, con aire de naturalidad, ni altiva ni avergonzada por lo que ha hecho.

—Por qué había de obrar de otro modo? dijo Montperrier. Ese más tarde ó más temprano es el destino de esas jóvenes.

—Encuentro á usted severo, observó Puymaufray. Esas pobres niñas que se tiene cuidado de escoger lindas, graciosas, nacidas para agradar; más seductoras seguramente que muchas de las clientas á quienes sirven de maniques de prueba; esas pobres niñas, se ven adornadas de los más ricos atavíos cuyo precio representa para las ricas el capricho de su fantasía y para las obreras el salario de años enteros. Se agotan todos los recursos del arte más exquisito para realzar sus encantos de juventud y de belleza. Se las lleva enfrente de espejos donde se las hace tomar coquetas posiciones; y aunque fuesen ángeles, no podrían dejar de notar que todo eso les sirve para embellecer. Y ni siquiera se les deja la breve ilusión de la actriz vestida de reina, que á lo menos habla y obra como reina durante unas horas, sino que se pone la mano sobre ellas, se las vuelve de uno á otro lado como autómatas, se las mueve á la vez de mando; y para decirlo todo de una vez, más de una gran señora secretamente irritada de ver tantas perfecciones que á ella le faltan, aprovecha la ocasión de manifestar su desprecio por esta cosa tan inferior.

—Marqués: está usted conmovedor como un predicador en cuaresma, dijo la vizcondesa que se sentía herida en lo más vivo.

(Continuará.)



DECLARACION

DANZA

Danza

PIANO.

Musical notation for the first system, including treble and bass clefs, a 2/4 time signature, and dynamic markings such as *f* and *p*. It features a treble staff with a melodic line and a bass staff with a harmonic accompaniment. There are triplets and other rhythmic figures indicated.

Musical notation for the second system, continuing the piece with similar notation and dynamic markings.

Musical notation for the third system, featuring a *cal* (crescendo) marking and a *f* dynamic.

Musical notation for the fourth system, including markings for *meno*, *pianissimo*, and *gracioso*.

Musical notation for the fifth system, featuring a *len* (ritardando) marking.

Musical notation for the sixth and final system, ending with a *Fin* marking and a double bar line.

PAGINAS DE LA MODA.

Los besos

Hav besos de frente, de costado, de media vuelta, redondos y puntiagudos, fugaces como la sombra, pesados como el plomo.

Los hay también excepcionales, dulcísimos, de color de rosa. Esos son los besos castos. Los de la madre llevan el perfume de la santidad, el aroma del cielo.

Los del hermano no dicen nada.

Los besos de la mujer á la mujer, de la amiga á la amiga, son pardos, pardos como la mentira. Abrigo la creencia de que la mentira es parda. Me reservo el derecho de explicación.

Hay ciertos besos que nunca son impuros: los de la despedida. En ese instante el deseo material se retira para dar lugar al sentimiento del espíritu, humillándose bajo el peso del dolor. Y el verdadero dolor es siempre puro.

Aun existe otro beso sublime: el del moribundo. Última caricia, postrer hábito amoroso de una alma que se va. Este beso, luchando con la agonía, no parece humano, parece de la otra vida.

Los labios le imprimen, pero no sale de ellos. Es una emanación del cielo, dulce bendición del espíritu.

El beso en la frente, es castidad. En los ojos, ternura. En las mejillas, alegría.

Carnet del Doctor

El agua natural es una de las más valiosas sustancias medicinales de que dispone la farmacopea y de las pocas que tienen la singular ventaja de estar siempre á mano cuando se necesita en casa.

No es ahora nuestro objeto hacer una extensa relación de todos los usos y propiedades de este elemento, pues que las personas que quieran enterarse de ellos los pueden encontrar ya descritos en cualquier tratado de farmacopea, pero si citaremos algunos de los casos en que puede ser de

suma utilidad si se ocurre á ella. Asi, por ejemplo, cuando un niño tiene el crup nada mejor puede hacersele durante el ataque mientras viene el médico, que enrollarle al cuello una toalla mojada en agua caliente y retorcida. Este simple tratamiento produce marcado alivio en pocos minutos y suele efectuar la curación completa. Ese mismo remedio es valiosísimo para curar el dolor de muelas, la neuralgia y el cólico, pues una toalla mojada en agua caliente y retorcida obra como por encanto cuando se aplica á la parte dolorida.

Nada hay que ataje tan bien ni tan pronto los graves efectos de una congestión de los pulmones, del dolor de garganta y del reumatismo, como el agua caliente aplicada á tiempo y en abundancia al sitio de la enfermedad.

El agua caliente en abundancia media hora antes de acostarse es excelente remedio para el estreñimiento y el mejor tónico para el vientre. Este mismo remedio tomado todas las noches y ayudado por una taza de agua caliente un poco antes de cada comida, ha curado la dispepsia en muchos casos, sobre todo cuando el paciente no comete excesos en la comida y bebida.

Los ataques ordinarios de dolor de cabeza ceden en la mayoría de los casos á las aplicaciones simultáneas de agua caliente á los piés y á la nuca.

NUESTROS GRABADOS

CAPA PARA NIÑOS.

Esta capa es hecha de cachemir crema, tiene dos esclavinas y un lomillo de seda á la orilla.

La falla es muy sencilla, pues solo está adornada por una rushe muy plegada por delante.

El velo que cubre la cara es de seda y tiene tres vueltas de encaje, y á la orilla de éste, también tiene un encaje de seda.

ROPÓN PARA BAUTISMO.

Este ropón es hecho de velo blanco con motitas blancas.

En cada hombro lleva un gran moño de listón.

El talle está sostenido por una cintura de listón ancho y un lazo.

En la parte inferior de la falda, tiene un olán ancho de encaje.

La manga es corta y de globo.

TRAJE PARA USARLO CON CAMISA.

Este traje es hecho de merino azul y vá adornado con galón de pasamanería de dos centímetros de ancho. La camisa y el cinturón son de terciopelo verde, el cuello de la camisa figura cuello de Médicis y vá abierto



CAPA PARA NIÑA



ROPÓN PARA BAUTISMO



TRAJE PARA USARLO CON CAMISA

TRAJE PARA LA CALLE

TRAJE HECHURA SASTRE



Traje para niñas

La manga es angosta y en el hombro tiene un olán del mismo terciopelo que la camisa, como lo representa el grabado.

TRAJE PARA LA CALLE.

La chaqueta blusa es de astrakán negro. El cuello 4 centímetros de alto. La chaqueta y el cuello están adornados de piel de nutria.



Traje de caza para niños

Traje mariner para niña

Traje para niñas

Traje para niños

El cinturón tiene un ancho de cuatro centímetros, es de terciopelo y lleva una hebilla en cada lado. La falda es sencilla, y la manga angosta. El manguito es también de astrakán y lleva el mismo adorno que la chaqueta.

La falda lleva cinco alforsas de cada lado del delantero hechas del mismo modo que la chaqueta, como lo indica el grabado.

TRAJE PARA NIÑAS.

Es traje que puede llevarse para la calle y es de una tela delgada.

En el delantero de la blusa tiene figurado un peto por medio de cintas blancas.

El cuello es alto y tiene dos vueltas de esta cinta.

El cinturón es del mismo género y tiene un ancho de un centímetro y también lleva una vuelta de cada lado de cinta.

La manga es globo entero y angosta y tiene un puño de tres centímetros de ancho.

La falda lleva tres vueltas de cinta.

TRAJE PARA NIÑAS DE 5 Á 7 AÑOS.

El traje de que vamos a hablar es de género de lana, y muy sencillo. En la Berta lleva como adorno unas cintas blancas que van formando caracoles, y tiene en la parte inferior de la Berta cuatro vueltas de cinta.

El cinturón está adornado del mismo modo que la Berta.

La manga es de globo y solo tiene un olán adornado con tres vueltas de cinta como lo representa el grabado.

TRAJE DE BAILE PARA NIÑAS.

Este elegante y sencillo traje de baile que es para niñas de diez á trece años, es hecho de velo bordado. Lleva un cuello ancho figurando Berta; á la orilla de éste tiene un olán fruncido cayendo en cada lado del brazo en punta.

En los hombros y en el tocado tiene un moño de cada lado.

La manga es solamente un globo y es corta.

En el talle lleva un cinturón de listón acabando en un moño en la parte de atrás.

La falda es muy sencilla, la de encima es velo bordado como dijimos, y en la falda inferior tiene un olán que se deja ver de cuatro ó cinco centímetros

TRAJE HECHURA SASTRE.

Se recomienda para este traje un paño gris rata. La chaqueta forma saco de hombre con solapas y está adornada por unas alforsas volteadas y respunteadas en máquina. El cuello tiene el corte Médicis y lo adorna un moño de listón.

La manga es angosta con alforsas respunteadas.



Traje para niñas de 5 á 7 años

Traje de baile para niñas

Traje para niños

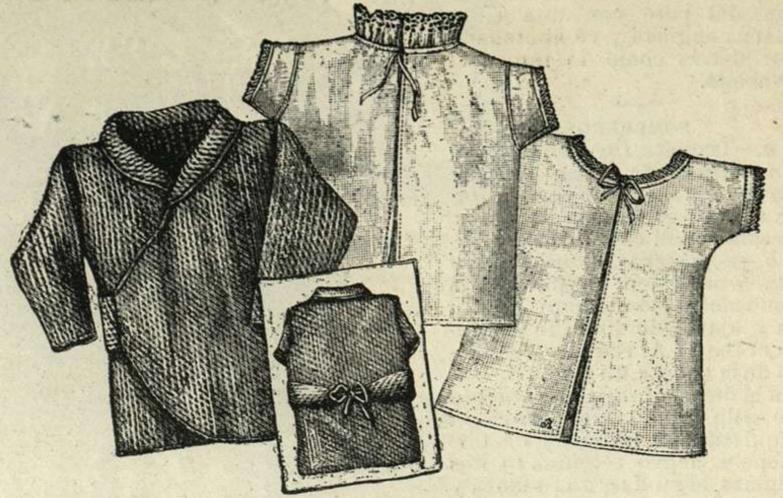


Traje para gimnasia



a.—Toqueta Du Menil
c.—Sombrero Baretta

b.—Sombrero Wanda



Caracolitos y camisitas para niñas



Ropones interiores para los niños

TRAJE PARA NIÑOS.

El traje á que vamos á referirnos es para niños de cuatro á seis años. Es verdaderamente sencillo; la blusa es larga, lleva cuello ancho adornado con un entredos y á la orilla de éste, tiene un encaje Miniardi.

El cinturón lleva dos botones y una hebilla y es del mismo género.

El pantalón es ancho y cuelga un poco para abajo como verán el grabado que se vé por la parte de atrás y adelarte.

TRAJE DE CASA PARA NIÑOS.

La bata de levantarse de que vamos á tratar, es para niños de uno á dos años. Puede hacerse de lana ó bien de género de color.

Es sencilla, pues sólo tiene un tablón en el centro. El cuello es volteado y está adornado con un lomillo de hilo de color.

Lleva en el talle un cordón de pasamanería, como verán nuestros lectores en el grabado.

TRAJE MARINERO PARA NIÑA.

Este trajecito, que es tan sencillo y elegante en las niñas, es hecho de terciopelo, y también puede hacerse de paño; pero el más adecuado es el que indicamos más arriba.

Tiene dos solapas de piqué acordonado que vienen á acabar en punta un poco más altas que el talle; el chaleco es del mismo piqué y tiene un olán plegado.

En la cintura lleva un cinturón ancho de piqué y de este mismo tiene una punta de fleco, como lo indica el grabado.

TRAJE PARA NIÑAS.

Este traje es verdaderamente sencillo, pues forma una bata. Lleva los mismos adornos por delante que por detrás.

La manga es de globo y caen encima dos olanes; en la parte inferior está adornada por tres vueltas de listón que acaban en una roseta, como lo representa el grabado.

TRAJE PARA NIÑOS.

Este trajecito es muy sencillo, y es para niños de cuatro á cinco años. La blusa es marinera. El cuello es blanco con rayas de color, la corbata es del mismo género que el cuello.

El pantalón es del mismo género que la blusa; en la parte inferior es angosto y en la parte superior es ancho, como verán el grabado.

TRAJE PARA GIMNASIA.

El género es de una lana delgada y la forma de calzoncillo de dormir pues el pantalón es ancho.

La manga es angosta y en la parte inferior tiene un paño angosto.

El otro traje, es para niñas, tiene el corte de un de-



Ropón para la calle



Traje para niñas

lantal y es hecho de una lanita delgada; está adornada al rededor del peto con una cinta blanca angosta y vá abotonado por detrás como lo indica el grabado.

SOMBREROS.

a.—Toqueta *Du Menil*, de satin antiguo, de plissé, drapeado en chifoneado de satin rosa al pie y creciente de strass, perdido en el chifoneado.

b.—Sombrero *Wanda*, estilo *Rembrandt*, en fieltro negro, con calotte blonda, muy obscura y ajaretado dividido en siete órdenes. Al rededor de lo alto de la calotte un golpe de satin blanco, subrayado por cinta de satin blanco, anudado á la izquierda con un moño de terciopelo negro reteniendo dos plumas erguidas, una blanca y una negra.

c.—Sombrero *Baretta*. Hermosísima capelina de fieltro blando. Aplicación de parma en la parte posterior sobre un *cache peigne* de terciopelo parmalindamente chifoneado. Drapería que se enrolla en fichu



Sombrero para niñas

alrededor de la calotte y se anuda detras con dos pequeñas orejas doublées.

ROPONES INTERIORES PARA LOS NIÑOS.

Estos ropones regularmente son de franela ó bien tejidos de hilo ó de estambre.

Pueden adornarse con encajes ó con olanes del mismo género.

La manga puede ser larga ó corta.

ROPÓN PARA LA CALLE.

Este ropón es hecho de linón blanco y tiene una Berta, de alforcitas angostas.

La manga es ancha y en la parte inferior tiene un olán de encaje.

En el talle lleva un listón con moño.

En la parte de atrás no lleva Berta, y al derredor de la falda lleva una palmita figurando ramos hechos de hilo grueso.

TRAJE PARA NIÑAS.

El traje á que nos referimos es hecho de un merino color café. Lleva un cuello ancho marino que viene á acabar angosto en el talle, y el buche es de surah rojo.

En el cuello lleva una roseta de listón, el cinturón es también de listón y en la parte de atrás va angosto y por delante está más ancho y tiene un moño como lo demuestra el grabado visto por delante y por detrás.

SOMBRERO PARA NIÑAS.

Este sombrero marino á la vez de ser muy sencillo es muy chic.

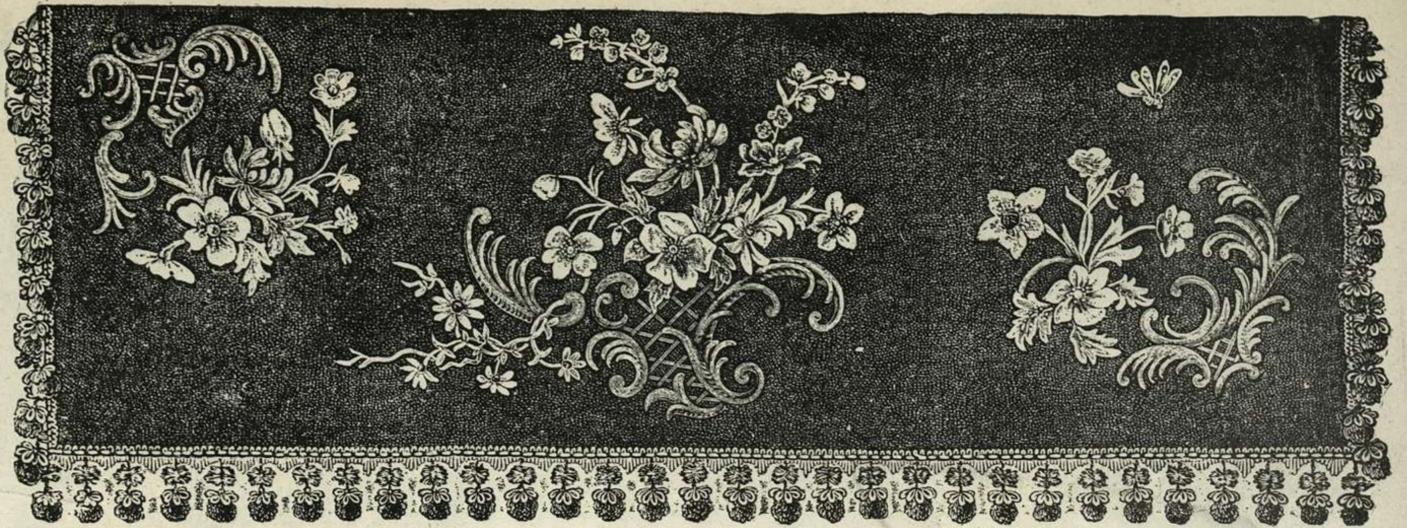
Solamente está adornado por un listón al rededor formando caracolillos, y tiene sobre el lado izquierdo un moño que está fruncido en el centro formando también caracolillos como representa el grabado.

TRAJE PARA NIÑAS.

Este traje es hecho de una lanita delgada, la Berta está formada por un entredos y alforcitas, y lleva de cada lado una patita con un botón.



Traje para niñas



Tapete en Etamine

La manga es de género delgado blanco; también lleva entredos y alforcitas y en la parte inferior tiene tres olancitos.

La falda va enteramente suelta, como lo representa el grabado.

TAPETES BORDADOS CON ÉTAMINE

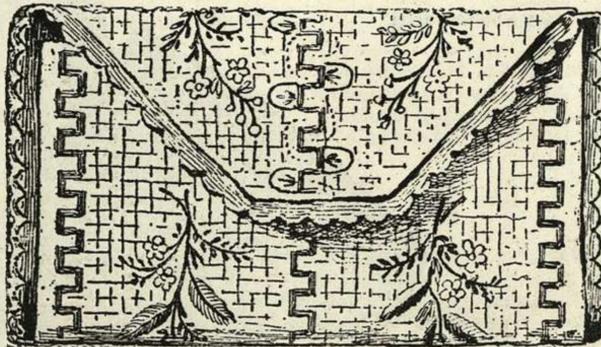
Estos tapetes bordados étamine pueden hacerse de estambre ó bien de sedas de color.

Los tapetes pueden utilizarse en el respaldo de los sillones, ó bien para pie de cama ó para mesa ó chimenea.

Pueden hacerse de diferentes dibujos.

PEQUEÑA CARTERA

Esta cartera puede hacerse de raso con aplicaciones de guías de seda y constituye un bonito trabajo para las damas.



Pequeña cartera

BATA PARA CAMISA

Esta bata es muy sencilla, está bordada toda al derredor de margaritas. También se puede hacer de gancho, como se verá en el dibujo.

LAVATORIO PARA NIÑOS CHICOS

Este pequeño y confortable mueblecito está hecho de madera y tiene un diámetro de cuarenta y cinco centímetros, teniendo en la mitad una abertura para sujetar la tina.

A los lados tiene dos pilares de treinta y tres centímetros de alto sujetados por otro pilar atravesado y en la parte superior de los dos pilares lo mismo que en el centro están colocadas la jabonera, la polvera y la aceitera.

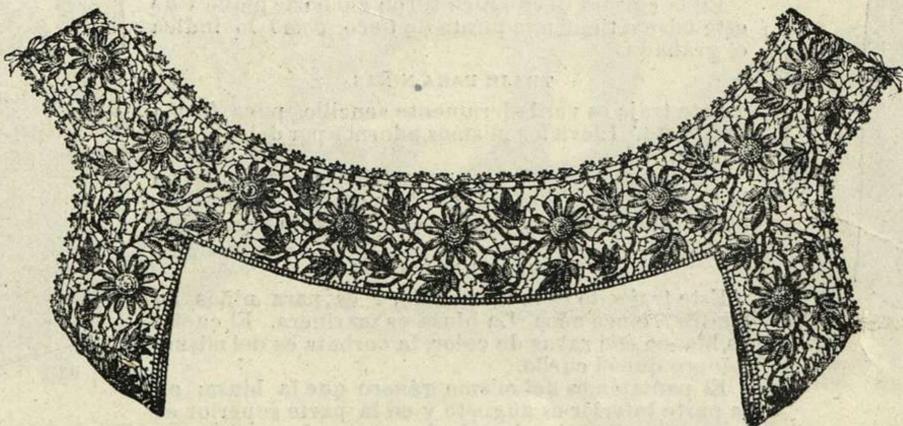
En los botones sujetos en los pilares se cuelga la borla, la esponja, el termómetro, el cepillo de cabeza, el peine y el cepillo de dientes.

TRAJES PARA NIÑAS DE TRES AÑOS.

Este vestidito que tan elegante viste á las niñas es de lana delgada. La Berta es hecha de entredoses, y al rededor de la Berta tiene dos olanes del mismo género plegados.

En el talle lleva un cinturón también del mismo género.

La manga es enteramente lisa y es de globo, con su puño angosto y adornado con un lomillo de hilo grueso, como lo indica el grabado.



Bata para camisa

Uso y costumbres

—Es de todo punto inelegante para un hombre, y mil veces más para una mujer, hacer preceder su apellido á su nombre. Así, no debe firmarse jamás Durand Luis, sino Luis Durand. Mucho menos debe dirigirse una carta ó algún objeto al Sr. Durand Luis, sino al Sr. Luis Durand.

Muchos hombres firman simplemente: Durand. Esto es bien admitido, cuando se es el único llevando este nombre por no haber ni hermanos, ni parientes. En ciertos países el marido añade á su nombre el de su esposa: Durand Martin. En estas condiciones un hermano célibe puede firmar simplemente: Durand. Cuando un hombre escribe á personas á las cuales desea hacer conocer su condición sin entrar en detalles, hace al firmar, preceder su nombre de su cualidad. El heroe de Palestro, que firmaba simplemente: Chabrón escribiendo á sus amigos, adoptaba, con los desconocidos la siguiente firma: El general de Chabrón. Yo he visto así mismo firmar. El Abate X.... el Doctor Z....



Lavatorio para niños

—La grafología no me parece ser un juego de salón que pueda agradar á todo el mundo. O es preciso que el grafólogo que analiza la escritura de las personas presentes, é de sus amigos, diga siempre cosas halagüeñas, ó al menos amables, miente por consecuencia, porque nadie es perfecto, ó bien hiera á las gentes señalándoles sus defectos, sus extravagancias, sus manías.

No se puede, pues, usar de la grafología sino entre amigos muy íntimos y muy inteligentes, ó en familia.

Yo creo, por otra parte, que la grafología es una ciencia difícil, que exige mucho estudio, observación penetración. Es una distracción más bien seria, cuando no un arte útil y un divertimento ligero y mundano.



Traje para niñas de 3 años